Robert Graves

Asedio y caída de Troya

Alianza editorial

Robert Graves

Asedio y caída de Troya

Traducción de Manuel Cuesta Aguirre

Alianza editorial

Índice

Introducción

I. La fundación de Troya
II. Paris y la reina Helena
III. Zarpa la expedición
IV. Los ocho primeros años de guerra
V. La disputa de Aquiles con Agamenón
VI. Ganan la delantera los griegos
VII. Ganan la delantera los troyanos
VIII. Peligra el campamento
IX. Aquiles venga a Patroclo
X. El caballo de madera
XI. El saqueo de Troya
XII. Los griegos vuelven a casa
XIII. Las andanzas de Odiseo

Notas del traductor

Créditos

Introducción

Asedio y caída de Troya describe todos los males que en la guerra es común encontrar a gran escala: ambición, codicia, crueldad, traición, incompetencia. Pero los griegos, aunque relataron sin ambages cómo sus ancestros se arruinaron a sí mismos en aquella absurda campaña de diez años, ni siquiera a los dioses del Olimpo los consideraban inocentes. Al rey Príamo y al rey Agamenón los empujó a la guerra —decían ellos— una disputa de celos entre tres diosas en la que ni el mismísimo Zeus Todopoderoso se atrevía a poner orden. (Los empujaron a la guerra, con otras palabras, fuerzas que excedían el control humano.) Los efectos se sintieron en lugares tan distantes como el norte de Italia, Libia, Etiopía, Palestina, Armenia y Crimea.

Los poemas de Homero no son, en modo alguno, la única fuente de la leyenda. De hecho, aproximadamente dos tercios de este libro están sacados de otros autores griegos y latinos. Sin embargo, conectando todos sus relatos me sorprende constatar lo bien que casan. Buena parte de la historia tiene sentido en términos históricos, aunque Homero tomase de una epopeya oriental anterior la fuga de Paris y Helena, y aunque el célebre caballo de madera fuese, según ciertos autores, en realidad una máquina de asedio (una estructura de madera cubierta con cuero de caballo que permitió a los hombres de Agamenón escalar las murallas de Troya por un punto débil de estas). Desgraciadamente, las aventuras de reyes y príncipes guiadores de carros de guerra son todo el combate del que estos relatos hablan, debido quizás a que los aedos cantaban sus poemas en cortes reales donde la democracia no estaba bien vista. A Tersites, el único soldado común al que en la *Ilíada* se menciona por su nombre, se lo ridiculiza presentándolo

como un cobarde feo y contrahecho que intenta iniciar un motín en el campamento.

Troya, cuyas ruinas han sido descubiertas y excavadas en la entrada del Helesponto —actual estrecho de los Dardanelos—, cayó, a lo que parece, a comienzos del siglo XII a. C. La *Ilíada* de Homero se data actualmente hacia el año 750 a. C. La *Odisea*, aunque se supone que también es suya, fue escrita una generación después por una mano diferente y se aparta de la trama que generalmente se acepta para la guerra de Troya, pues blanquea a Odiseo y le hace sustraerse a todo el castigo que merecía.

La literatura inglesa exige, para su adecuada comprensión, un conocimiento tan íntimo de la guerra de Troya como de la Biblia: la belleza de Helena, la astucia de Odiseo, la noble valentía de Héctor, el talón vulnerable de Aquiles, la locura de Áyax, el asesinato de Agamenón se han vuelto, todos, proverbiales. Es posible, sin embargo, que este sea el primer intento moderno de convertir la historia completa, desde la fundación de Troya hasta el regreso de los griegos victoriosos, en un único librito para chicos y chicas.

Más detalles —con una lista de los libros de la Antigüedad consultados— se encuentran en mis *Mitos griegos*[1].

Robert Graves
Deyá, Mallorca, España

I. La fundación de Troya

Troya fue fundada —dicen— por el príncipe Escamandro, quien, a causa de una hambruna, zarpó hacia el este desde la isla de Creta con gran número de seguidores, resuelto a establecer una colonia en algún punto fértil. Un oráculo le había ordenado asentarse dondequiera que, bajo la cobertura de la oscuridad, desarmaran a sus hombres enemigos nacidos de la tierra. Arribó a la costa de Frigia, desde donde se atisbaba un alto monte poblado de pinos al que dio el nombre de Ida —en honor del monte cretense homónimo —, y acampó junto a un río al que le dio su propio nombre, Escamandro. Cuando despertaron a la mañana siguiente, los cretenses vieron que una plaga de ratones hambrientos había estado mordisqueando las cuerdas de sus arcos, las correas de cuero de sus escudos y todas las partes comestibles de sus armaduras. Como aquellos tenían que ser claramente los enemigos nacidos de la tierra a los que se refería el oráculo, Escamandro ordenó que se detuviesen allí, trabó amistad con los nativos frigios y empezó a cultivar la tierra. No mucho después, desembarcó cerca de allí una colonia de griegos locrios que se pusieron bajo su mando. Aunque los frigios le permitían construir una ciudad en las inmediaciones del río al que había dado su nombre, Escamandro al principio no lograba decidirse sobre cuál era la mejor posición. Entonces alguien propuso mandar una vaca moteada a la llanura y mirar dónde se tumbaba a rumiar. La vaca eligió una pequeña colina, y alrededor de esta marcaron los límites de Troya los hombres de Escamandro. Construyeron casas dentro, pero pasaron unos cuantos años hasta que pudieron levantar las murallas, tan ocupados como estaban haciendo mejoras en sus granjas.

Por fin un rey troyano llamado Laomedonte consiguió que dos importantes dioses, Poseidón y Apolo, le prestasen toda la ayuda que necesitaba. Estos dioses se habían rebelado contra el todopoderoso Zeus, el jefe de los dioses del Olimpo, quien los sentenció a ser esclavos de Laomedonte durante todo un año. Por orden del rey, Poseidón construyó la mayor parte de las murallas mientras Apolo tocaba un arpa y apacentaba los rebaños y las manadas reales. Éaco, un colono locrio, edificó la muralla que miraba hacia al mar. No era, por supuesto, ni de lejos tan resistente como las que habían construido los dioses…

Laomedonte prometió pagar a Apolo, Poseidón y Éaco unas buenas recompensas por su labor, pero, como era el más mezquino de los hombres, los despachó con las manos vacías. Éaco zarpó de vuelta a Grecia disgustado; Apolo infectó a los rebaños troyanos de podredumbre del pie, y Poseidón se vengó enviando a tierra a un escamoso monstruo marino que se tragara vivos a cuantos troyanos se encontrara. Cuando los troyanos culparon a Laomedonte de sus infortunios, este consultó al oráculo de Apolo. La sacerdotisa le dijo que el monstruo no se marcharía hasta que no se hubiera comido a su hija Hesíone. Él entonces ató a esta, desnuda, a una roca. Justo a tiempo pasó por allí, sin embargo, el héroe Heracles —que andaba en uno de sus famosos trabajos— y se apiadó de Hesíone. Prometió destruir al monstruo si Laomedonte le permitía casarse con ella y le daba, además, dos magníficos caballos —blancos como la nieve— que le había regalado el todopoderoso Zeus. Laomedonte accedió con entusiasmo. Heracles a continuación le rompió el cráneo al monstruo con un golpe de su clava de madera de olivo y rescató a Hesíone.

Laomedonte, tan mezquino como siempre, jugó sucio con Heracles: no solo se negó a entregarle a Hesíone, sino también los caballos. Heracles se marchó maldiciendo y regresó, a las pocas semanas, al mando de una pequeña flota que le había prestado Telamón, hijo de Éaco. Tomaron Troya por sorpresa, abatieron a Laomedonte, mataron a todos sus hijos —excepto al más joven, cuyo nombre era Príamo— y se llevaron consigo a Hesíone. Príamo se convirtió en el rey de Troya. Hizo a la ciudad más fuerte de lo que

nunca había sido y, tras un reinado largo y sabio, convocó un consejo para decidir la mejor forma posible de traer a su hermana Hesíone a casa. Cuando propuso enviar una flota que la rescatase, el consejo le sugirió reclamar primero su entrega educadamente. Los legados de Príamo visitaron, pues, Salamina, donde se decía que vivía Hesíone. Allí les recordaron que, en su día, Laomedonte había prometido a Heracles que se la daría, pero faltó a su palabra; que Heracles volvió, saqueó Troya, se llevó a Hesíone consigo y se la dio en matrimonio a su amigo Telamón; que a Éaco, el padre de Telamón, también le había hecho una jugada sucia Laomedonte, y, por último, que Hesíone le había dado a Telamón un hijo llamado Teucro el Arquero —ya un adulto— y no deseaba abandonar Salamina, ni siquiera para una visita breve.

II. Paris y la reina Helena

Al rey Príamo le sentó mal lo que los legados le contaron de su visita a Salamina y, cuando fue su hijo Paris quien raptó a la reina Helena de Esparta —llevándosela a Troya consigo—, se negó a su vez a devolverla. Fue aquella decisión lo que provocó la larga y calamitosa guerra de Troya, que no benefició a nadie (ni siquiera a los conquistadores).

He aquí la historia de Paris y Helena. Paris era uno de los hijos que el rey Príamo tuvo con la reina Hécuba[2], quien, justo antes de que aquel naciese, soñó que daba a luz, en lugar de un niño, una tea en llamas de la que salían incontables serpientes de fuego. Príamo le preguntó a Calcante, profeta de Apolo, qué significaba aquel sueño. Calcante contestó: «Este niño ha de ser la ruina de Troya. Córtale el cuello en cuanto nazca». Príamo no se veía matando a un bebé —menos aún a su propio hijo—, pero aquella advertencia le asustó. De manera que le entregó el niño al jefe de sus ganaderos, diciéndole: «Déjalo detrás de un arbusto en algún punto de los bosques del monte Ida y no vuelvas allí en nueve días».

El ganadero obedeció. Pero al noveno día, pasando por el malezoso valle en el que Paris había quedado, se encontró a una osa que lo amamantaba. Pasmado ante aquella visión, se llevó a Paris y lo crio con sus propios hijos.

Paris creció y se hizo alto, guapo, fuerte y listo. Los otros ganaderos lo invitaban siempre como juez a sus certámenes tauromáquicos. Desde su lejano palacio del Olimpo, el todopoderoso Zeus advertía cuán honestamente Paris daba su veredicto en tales ocasiones… y un día lo eligió para que decidiera en un certamen de belleza en el que él no se atrevía a comparecer. He aquí lo que ocurrió. A la diosa de las disputas —Eris se llamaba— no la habían

invitado a una boda muy famosa, la de la diosa marina Tetis y el rey Peleo de Ftía, a la cual sí que asistían todo el resto de dioses y diosas. Eris, resentida, lanzó una manzana dorada entre los invitados tras rayarle en la piel: «Para la más bella». Los invitados le habrían dado la manzana a Tetis, por ser la novia; pero tenían miedo de ofender a tres diosas presentes que eran, de lejos, más importantes: a Hera, la esposa del todopoderoso Zeus; a Atenea, la hija soltera de este —que era la diosa no solo de la sabiduría, sino también de la batalla—, y a Afrodita, nuera de Zeus y diosa del amor. Cada una de las tres se consideraba a sí misma la más bella y empezaron a discutir a propósito de la manzana (como Eris pretendía). La única esperanza que a Zeus le quedaba para salvaguardar la paz doméstica consistía en disponer un certamen de belleza y escoger a un juez honesto.

Y así fue como Hermes, el heraldo de los dioses, bajó volando con la manzana dorada y un mensaje para Paris de parte de Zeus. «Tres diosas —le anunciaba— vendrán a visitarte al monte Ida; y las órdenes del todopoderoso Zeus son que le concedas esta manzana a la más bella. Todas acatarán, naturalmente, tu decisión». A Paris no le hizo gracia aquel encargo, pero tampoco podía eludirlo.

Las diosas llegaron juntas, revelándole a Paris por turnos su belleza… y ofreciéndole por turnos un soborno. Hera prometió hacerle emperador de Asia. Atenea prometió hacerle el hombre vivo más sabio, y vencedor en todas las batallas. Pero Afrodita se le acercó furtivamente y le dijo: «Paris, querido, te digo que eres el tipo más apuesto que he visto en años. ¿Qué haces perdiendo el tiempo aquí, entre toros y vacas y estúpidos ganaderos? ¿Por qué no te vas a alguna ciudad rica y llevas una vida más interesante? Tú te mereces casarte con una mujer que sea casi tan bella como yo; déjame que te sugiera a la reina Helena de Esparta. Apenas te mire, haré que se enamore tan perdidamente que no le importe dejar a su marido, su palacio, su familia —todo— por ti». Fascinado por el relato que Afrodita le había hecho de la belleza de Helena, Paris le dio a ella la manzana, tras lo que Hera y Atenea se marcharon rabiosas —cogidas del brazo— a urdir la destrucción total de la raza troyana.

Al día siguiente, Paris hizo su primera visita a Troya y se encontró con que se estaban celebrando unos juegos atléticos. Su padre adoptivo, el ganadero —que había ido con él—, intentó disuadirle de entrar en el certamen de pugilato, que tenía lugar frente al trono de Príamo; pero Paris dio un paso adelante y se hizo con la corona de la victoria, más que por destreza, por puro arrojo. Se inscribió también para la carrera a pie y llegó el primero. Cuando los hijos de Príamo lo desafiaron a una carrera más larga, volvió a derrotarlos. Tal enojo les causaba a estos la idea de que un simple campesino se hubiese llevado tres coronas de la victoria seguidas, que desenvainaron sus espadas. Paris corrió en busca de protección al altar de Zeus mientras su padre adoptivo se arrodillaba ante Príamo, exclamando: «Majestad, perdonadme. Es vuestro hijo perdido».

El rey hizo llamar a Hécuba, y el padre adoptivo de Paris le mostró un sonajero que habían dejado en sus manos cuando era un bebé. Ella reconoció el sonajero de inmediato, conque se llevaron a Paris con ellos al palacio y allí celebraron un enorme banquete para festejar su vuelta. Calcante y los demás sacerdotes de Apolo advertían a Príamo, sin embargo, de que, salvo que diesen muerte al punto a Paris, Troya quedaría reducida a cenizas. Príamo respondió: «Prefiero que arda Troya a que muera mi maravilloso hijo».

Príamo aprestó una flota que zarpara con rumbo a Salamina para rescatar a la reina Hesíone por la fuerza de las armas. Paris se ofreció para tomar el mando, añadiendo: «Y si no podemos traer a mi tía a casa, tal vez pueda capturar a alguna princesa griega a la que podamos tomar de rehén». Ya estaba planeando, por supuesto, llevarse consigo a Helena y no tenía intención de ir a buscar a su anciana tía, en la que nadie en Troya fuera de Príamo tenía el menor interés, y la cual vivía encantada en Salamina.

Cuando Príamo estaba decidiendo si debía darle el mando de la expedición a Paris, visitó Troya por determinado asunto Menelao, el rey de Esparta. Trabó amistad con Paris y lo invitó a Esparta, lo que permitía a este llevar a cabo su plan con facilidad, usando nada más que una única nave rápida. Paris y Menelao zarparon en cuanto soplaron vientos favorables y, llegando a Esparta, estuvieron celebrándolo juntos nueve días seguidos. Helena, bajo el hechizo de

Afrodita, amó a Paris desde el primer momento en que lo vio; pero se sentía muy incómoda por el comportamiento atrevido de él, que osó incluso escribir «Amo a Helena», con vino derramado, sobre la mesa del banquete. Menelao, sin embargo, afligido como estaba por las noticias de que su padre había muerto en Creta, no advertía nada y, al término de los nueve días, zarpó para asistir a las exequias, dejando al mando de Esparta, durante su ausencia, a Helena. (Lo cual no era sino lo más natural del mundo: Menelao se había convertido en rey de Esparta casándose con ella.)

Esa misma noche, Helena y Paris se fugaron en la nave rápida de este, llevándose consigo la mayor parte de los tesoros de palacio que ella había heredado de su padre adoptivo. Y Paris robó una gran cantidad de oro del templo de Apolo en venganza por la profecía que el sacerdote de este dios había hecho de que a él, a Paris, tenían que haberlo matado nada más nacer. Hera, resentida, hizo que se levantara una fuerte tempestad que empujó la embarcación hasta Chipre, y Paris decidió quedarse allí unos meses antes de volver a casa. (Menelao podría estar fondeando frente a Troya, esperando para capturarlo.) En Chipre, donde tenía amigos, reunió una flota para saquear Sidón, una rica ciudad de la costa de Palestina. La incursión fue todo un éxito: Paris mató al rey sidonio y se hizo con un gran botín.

Cuando por fin regresó a Troya —con la nave cargada de plata, oro y piedras preciosas—, los troyanos lo recibieron entusiasmados. A todo el mundo le pareció tan bella Helena —más allá de cualquier comparación—, que el mismísimo rey Príamo juró que jamás la devolvería; ni siquiera a cambio de su hermana Hesíone. Paris acalló a sus enemigos —los sacerdotes troyanos de Apolo— entregándoles el oro que había robado del tesoro del dios en Esparta, y las personas que entrevieron los sombríos acontecimientos que en adelante se producirían fueron prácticamente solo dos: Casandra —hermana de Paris— y su hermano mellizo Héleno. Poseían ambos el don de la profecía, que habían adquirido de manera accidental al quedarse dormidos, siendo niños todavía, en el templo de Apolo. Las serpientes sagradas se acercaron y les lamieron las orejas, lo que les dio la capacidad de oír la voz secreta del dios. Aquello, sin embargo,

no les hizo ningún bien, porque Apolo dispuso que nadie diese crédito a sus profecías. Una y otra vez habían advertido a Príamo Casandra y Héleno que no permitiese a Paris visitar Grecia. Ahora le advertían que enviase a Helena de vuelta con su tesoro inmediatamente si quería evitar una larga y terrible guerra. Príamo no les hizo el menor caso…

III. Zarpa la expedición

Cuando Helena se hizo una mujer, cosa que ocurrió mientras vivía en el palacio espartano de Tíndaro, su padre de adopción —pues era hija del todopoderoso Zeus y de Leda, la reina de Esparta, y hermana de los mellizos divinos Cástor y Pólux—, la mayoría de los reyes y príncipes griegos querían casarse con ella. Entre ellos estaban Diomedes de Argos, Idomeneo de Creta, Patroclo de Ftía, Palamedes de Eubea, Áyax de Salamina, su medio hermano Teucro el Arquero —el hijo griego de Hesíone— y Odiseo de Ítaca[3]. Todos llevaron ricos presentes… o todos excepto Odiseo, quien, no teniendo ninguna esperanza de triunfar, llegó con las manos vacías. El esposo elegido sería, obviamente, Menelao, hermano del gran rey Agamenón de Micenas, quien se había casado con Clitemnestra, hermana de Helena.

Tíndaro, aunque no despedía a ninguno de aquellos pretendientes, tampoco se atrevía a aceptar sus dádivas, por miedo a que lo acusaran de favoritismo. En la medida, sin embargo, en que todos habían puesto toda su ilusión en conquistar a Helena —la más adorable de Grecia—, Tíndaro empezó a temer que en su palacio se desatara una batalla abierta. Odiseo se le acercó y le dijo: «Si te digo cómo evitar una pelea, rey Tíndaro, ¿puedo casarme con tu sobrina Penélope?». «Es una ganga», exclamó Tíndaro. «Muy bien —dijo Odiseo—. He aquí cómo debes proceder: hazles jurar que defenderán, a quienquiera que se convierta en el marido de Helena, contra quienquiera que le tuviere ojeriza por su buena suerte.»

«¡Qué sabio consejo!», dijo Tíndaro sonriendo agradecido. Al punto sacrificó un caballo a Poseidón, cortó el cuerpo del animal en doce piezas e hizo que cada pretendiente se colocara sobre una de ellas y fuese repitiendo con él el juramento que había sugerido

Odiseo. Entonces enterró las piezas bajo un montículo llamado la Tumba del Caballo y explicó que quienes rompiesen aquel juramento sufrirían el persistente disgusto del dios. Tras ello anunció que el esposo de Helena sería Menelao y lo nombró heredero del trono de Esparta.

Si Hera y Atenea no se hubiesen enojado tanto con Paris por concederle la manzana a Afrodita, es posible que la guerra de Troya nunca hubiese empezado. Pero Hera, tan pronto como oyó que Paris raptaba a Helena —quien, por cierto, dejó en Esparta a Hermíone, su hija de nueve años—, envió a Iris, la diosa del arcoíris[4], a darle la noticia a Menelao. Menelao se apresuró a volver de Creta y fue a quejarse ante su hermano Agamenón: «Ese bribón de Paris vino a Esparta como invitado y me ha raptado con malicia a Helena, mi esposa. Tenía envidia de mi buena suerte. Cuento contigo para recordarles, a todos los demás que la pretendieron, el juramento que prestaron ante Poseidón. Han de unirse a nosotros de inmediato en una expedición contra Troya».

Agamenón, sabiendo que Troya era una ciudad casi inexpugnable y que el rey Príamo tenía poderosos aliados en el Asia Menor y en Tracia, dudó un instante. Luego dijo: «Sí. Me temo que igual hemos de hacer como pides, hermano. Pero primero déjanos enviar unos legados a Troya solicitando la devolución de Helena y del tesoro robado. Si Príamo es sensato, no es posible que se arriesgue a una guerra contra Grecia».

Cuando los legados de Agamenón llegaron a Troya, Príamo les dijo que él no sabía nada de aquel asunto. (Lo que era cierto, porque Paris no había regresado todavía de Sidón.) Añadió: «No obstante, señores míos, si verdaderamente la reina Helena se ha ido de Esparta con mi hijo y con los tesoros del palacio, debe de haberlo hecho de su propia voluntad. Paris no partió sino con una sola nave y difícilmente hayan podido sus pocos marineros saquear el palacio del rey Menelao sin la ayuda de ella».

Esta razonable respuesta enojó a Agamenón, quien envió mensajeros por toda Grecia para recordar a los pretendientes de Helena su juramento y reclutar voluntarios. «Los dioses están de

nuestro lado —explicó— por el comportamiento traicionero de Paris. No tendremos problemas para asaltar Troya, que es inmensamente rica. Su caída nos dará acceso al mar Negro. Los troyanos, que vigilan los estrechos, ahora nos hacen pagar el doble por todos los productos orientales importados (por ejemplo madera, hierro, pieles, perfumes, especias y piedras preciosas). ¡Qué maravilla ahorrarnos tanto dinero!»

Agamenón y Palamedes visitaron a Odiseo, el rey de Ítaca, pero se lo encontraron sumamente reacio a unirse a la expedición. De hecho, cuando le anunciaron que habían llegado, se caló un gorro redondo de fieltro —de profeta— y empezó a labrar un campo con un buey y un burro uncidos en yunta, lanzando sal por sobre su hombro conforme avanzaba. Lo hizo porque un oráculo le había advertido que, si alguna vez partía de Ítaca para luchar en Troya, no habría de regresar hasta pasados veinte años (solo y harapiento). «Arar con un buey y un burro» era un proverbio que significaba trabajar en verano y en invierno, y cada surco sembrado con sal significaba un año perdido. Pero apenas el arado llegó al surco décimo, Palamedes arrancó a Telémaco de los brazos de Penélope y lo colocó delante de la yunta, obligando a su padre a detenerse. Entonces Palamedes profetizó que *Telémaco* —o sea: «la batalla final»— se produciría en el décimo año. Odiseo, incapaz de negar aquello, prometió contribuir con una pequeña flota[5].

Los legados de Agamenón también fueron a Chipre, donde el rey Cíniras prometió cincuenta naves; pero faltó a su palabra al enviar solamente una nave de verdad… y cuarenta y nueve de juguete y con muñecos a modo de tripulación, las cuales el capitán lanzó al agua cuando estuvo cerca de la costa de Grecia. Agamenón invocó a Apolo para que castigase a Cíniras, y Apolo hizo que Cíniras muriese de una enfermedad repentina.

Calcante, el sacerdote troyano de Apolo, al consultar el oráculo de Delfos a instancias de Príamo, recibió de la sacerdotisa la orden de unirse a los griegos y no permitir que abandonaran el sitio de Troya pasara lo que pasara. Entonces vaticinó que Troya no podría ser tomada sin la ayuda de un joven héroe llamado Aquiles, hijo del rey

Peleo y de la diosa marina Tetis, en cuya boda había sido lanzada aquella manzana funesta. Tetis en seguida se cansó de su esposo mortal, porque se iba volviendo más viejo, débil y aburrido cada día, mientras que ella se mantenía siempre —como la diosa que era— joven y lozana. Pero a Aquiles —el hijo que había tenido con Peleo— decidió hacerlo invulnerable, cosa que logró sumergiéndolo en la laguna sagrada Estigia mientras lo agarraba bien por un talón, tras lo que lo llevó con el centauro Quirón —los centauros eran mitad hombres, mitad caballos— para que recibiese la mejor educación posible en equitación, caza, lucha, música, medicina e historia. Aquiles mató su primer jabalí nada más aprender a andar, y poco después corría lo bastante rápido para adelantar y capturar ciervos. Como era el hijo de una diosa, ya se había desarrollado por completo a una edad a la que los otros niños seguían colgados de las faldas de sus madres.

La diosa del Destino le había dicho a Tetis que, si su hijo iba a Troya, nunca regresaría vivo: su sino podía ser una vida larga y sosegada… o una vida breve, trepidante y gloriosa. Por eso, suponiendo que Odiseo intentaría reclutar a Aquiles para la guerra, ella lo apartó de Quirón y lo envió a la isla de Esciros. Allí vivió, entre las hijas del rey, disfrazado de muchacha.

Odiseo oyó un rumor sobre el paradero de Aquiles y zarpó para Esciros con un cofre de joyas y atuendos de gran valor como regalo para las princesas. Cuando todas se congregaron alrededor y empezaron a elegir, Odiseo ordenó a su trompetero que tocase alarma a la puerta del palacio. Una de las muchachas se despojó inmediatamente de su túnica de lino y echó mano del escudo y la espada que había dentro del cofre junto a otros regalos. Aquella muchacha era, por supuesto, Aquiles, a quien Odiseo pudo ahora convencer fácilmente para que se uniera a la expedición. El rey Peleo puso a Aquiles al frente de una pequeña flota, aunque insistió en que su hijo era demasiado joven para ir a la guerra sin su mentor, un juicioso anciano llamado Fénix (rey de los dólopes). También partió el inseparable compañero de Aquiles, su primo Patroclo; pero, como había sido uno de los pretendientes de Helena, habría ido en

cualquier caso. Peleo confiaba en Patroclo para que velase por Aquiles en la batalla, y en Fénix para que lo aconsejara bien.

La flota griega se reunió en Áulide, una playa resguardada que había frente a la isla de Eubea. Más de cien naves, con cabida para unos treinta hombres cada una, fueron varadas en la blanca arena; algunas venían de tan lejos como la Grecia noroccidental y las islas de Cos, Rodas y Creta. Agamenón, el comandante en jefe, sacrificó cien toros al todopoderoso Zeus y a Apolo; pero, apenas lo hubo hecho, una serpiente azul con marcas de color rojo sangre salió como un rayo de detrás del altar en dirección a un plátano de sombra que allí cerca crecía. Un gorrión había construido su nido en la rama más alta, y en él estaban ocho pequeños polluelos. La serpiente se los comió a todos; luego se comió a la madre también. Calcante leyó aquello como un signo de que, aunque tenían que pasar nueve años antes de que Troya cayese, al final caería.

La inmensa flota puso rumbo a Troya —recurriendo tanto al remo, como a la vela—, pero Afrodita envió una tempestad desde el nordeste para desviar su ruta. Llegando al Asia Menor, los griegos saquearon la correspondiente comarca, que ellos suponían era parte de Frigia. Estaban, en realidad, en Misia, mucho más al sur. Una dura batalla con los misios les costó doscientos o trescientos hombres hasta que su error salió a relucir. Cuando volvieron a hacerse a la mar, Afrodita dispersó la flota con una tempestad terrible y las naves que lograron mantenerse a flote regresaron a Áulide como buenamente pudieron. Se había perdido un tercio de la expedición…

Agamenón estaba en ascuas. Los vientos seguían siendo desfavorables y estaban agotándose las provisiones. Consultó a Calcante. Calcante, sin embargo, excepto cuando estaba proféticamente inspirado por Apolo, soltaba el primer disparate que se le ocurría. En aquella ocasión dijo: «Rey señor mío, Ártemis está enfadada porque, cuando andabas de caza hace unos días y atravesaste a un ciervo el cuello disparando desde gran distancia, alardeaste vanamente, diciendo: "Ni la mismísima Ártemis lo habría hecho mejor"». «¿Qué debo hacer para aplacar a la diosa?», preguntó Agamenón. «Sacrifícale la más hermosa de tus hijas»,

contestó Calcante. «¿Te refieres a Ifigenia?», exclamó Agamenón. «Pero Clitemnestra, mi esposa, nunca lo permitiría…» «Entonces, ¿por qué contárselo?», preguntó Calcante. «Me niego a sacrificar a mi hija», fueron las palabras terminantes de Agamenón.

Cuando los griegos se enteraron de que la expedición se demoraba porque el comandante en jefe no quería escuchar al profeta de Apolo, algunos quisieron deponerlo, entregando el mando en su lugar al príncipe Palamedes de Eubea; y Odiseo advirtió a Agamenón de lo que estaba pasando. Así, después de todo, un heraldo real fue a buscar a Ifigenia a Micenas con la falsa excusa —inventada por Odiseo— de que Agamenón quería recompensar a Aquiles por sus valientes hazañas de Misia convirtiéndola en su esposa. Agamenón envió a Clitemnestra un mensaje secreto —«Ignora al heraldo»—, pero nunca le llegó. Menelao había interceptado la misiva e Ifigenia no tardó en presentarse en Áulide…

Aquiles, oyendo que Ifigenia había sido atraída a la muerte con el señuelo de su nombre, protestó airadamente y trató de salvarle la vida; pero ella se avino noblemente a morir por Grecia y ofreció su joven cuello al hacha sacrificial. Antes, sin embargo, de que la hoja cayese sobre él, retumbó un trueno, refulgió un rayo… e Ifigenia se esfumó. Ártemis se la había llevado consigo por los aires hasta una lejana península llamada Crimea, donde se convirtió en sacerdotisa de los salvajes tauros.

Amainó el temporal del nordeste y la ingente escuadra volvió a poner rumbo a Troya.

IV. Los ocho primeros años de guerra

Los griegos desembarcaron en Ténedos, una isla visible desde Troya, y saquearon la ciudad. Allí fue donde tuvo un accidente el rey Filoctetes de Metone, quien había heredado el famoso arco de Heracles y sus flechas. Mientras le ofrecía un enorme sacrificio a Apolo —en agradecimiento por la victoria que sus hombres acababan de lograr—, le mordió en el talón una serpiente venenosa. Ningún bálsamo o cataplasma consiguió reducir la inflamación. El olor de la herida era tan terrible y Filoctetes aullaba tan lastimosamente, que a los pocos días Agamenón no podía soportarlo más. Se llevó a Filoctetes, en una pequeña barca, a una isla rocosa cercana a Lemnos y allí lo dejó. Filoctetes siguió sufriendo un intenso dolor por su herida, pero pudo sobrevivir comiéndose las raíces y las semillas de los gamones y disparando a pájaros.

Antes de abandonar Ténedos, Agamenón envió a Menelao, Odiseo y Palamedes en una embajada ante el rey Príamo, amenazando a este con asolar Troya si se negaba a devolver a Helena y todos los tesoros robados, aparte de pagar a los griegos una importante cantidad de oro para cubrir los gastos en que ya habían incurrido. Príamo y la mayoría del resto de troyanos no tenían intención de entregar a Helena, ni de pagar por las naves zozobradas. De todos los miembros del consejo real, únicamente Antenor, quien había sido el enviado de Príamo a Grecia cuando este solicitaba el regreso de Hesíone —y cuya esposa, Téano, era la sacerdotisa de Atenea en Troya—, se atrevió a decir que, en justicia, Helena tenía que ser restituida a su esposo. Aunque el consejo le mandó callar, por lo menos evitó que asesinaran a los legados de Agamenón. Lo que ocurría era que la magia de amor con que Afrodita había envuelto a Helena tenía un efecto tan fuerte en casi

todos los hombres de la ciudad —incluyendo al mismísimo rey Príamo—, que se habrían sometido con gusto a tortura por una sonrisa de sus labios adorables.

Cuando los griegos zarparon contra Troya al alba dos días después, los troyanos acudieron en tropel a la playa, desde donde se pusieron a disparar flechas y a lanzar una lluvia de piedras para evitar que las naves atracasen. Calcante había profetizado que el primer hombre que tocara tierra moriría tras un combate breve, pero glorioso… e incluso Aquiles dudaba si arriesgar la vida. Solamente Protesilao el tesalio se atrevió a desafiar al destino. Saltó a tierra desde su nave y mató a una serie de troyanos hasta que Héctor, hijo de Príamo, lo alanceó. Protesilao acababa de casarse y su esposa, oyendo en un sueño que su marido había muerto, rogó a Perséfone, la diosa de la muerte, que le permitiera visitarla nada más que tres horas. Perséfone escuchó su plegaria y liberó a Protesilao bajo palabra. Transcurridas tres horas de amorosa conversación con él, su esposa se mató y los dos bajaron, cogidos de la mano, al lúgubre inframundo.

Aquiles esperó hasta el último momento. Entonces dio tan prodigioso salto, que surgió un manantial de agua donde holló suelo troyano su pie. Cicno —hijo de Poseidón—, cuyo cuerpo era inmune a las piedras y a las armas, guiaba ahora a los troyanos y había estado matando griegos a manos llenas. Aquiles, igualmente invulnerable, intentó alancear a Cicno o cercenarle la cabeza; pero fue en vano. Terminó golpeándole en el rostro con la empuñadura de la espada —de manera que, retrocediendo, tropezase y cayese de espaldas sobre una roca—, tras lo que le hincó las rodillas en el pecho y lo estranguló con la correa de su casco.

Los troyanos huyeron cuando vieron a Cicno yaciendo allí sin vida y los griegos, después de barrenar la principal flota troyana —que estaba amarrada en la boca del río—, vararon sus propias naves bien dentro de la playa y construyeron una empalizada de troncos de pino en torno a ellas. Al día siguiente formaron en largas líneas y marcharon al ataque, pero encontraron las puertas de la ciudad tan bien guardadas —y las murallas tan enormes y bien defendidas—, que sufrieron muchísimas bajas y se vieron forzados a retirarse. Tras

tres intentos fallidos más, Agamenón convocó un consejo real en el que decideron rendir Troya por hambre. Este plan también resultó tener su complicación. El comandante en jefe no había llevado consigo suficientes hombres para proteger su flota y a la vez mantener, alrededor de la ciudad, un anillo de campamentos armados capaz de resistir un ataque del enemigo en masa. Cada noche los troyanos recibían provisiones y suministros por las puertas del lado de tierra adentro, y los griegos seguían sin poder hacer nada y en el mismo punto en el que habían desembarcado. En otra reunión del consejo, Odiseo habló sin ambages: «Calcante tenía razón. La guerra durará años, pero es ineludible que al final salgamos victoriosos. Esto es como un combate entre un león y un monstruo marino: aunque nosotros, los griegos, hayamos ganado el dominio del mar, los troyanos mantienen el dominio de la tierra. Propongo que nos quedemos sentados en nuestra empalizada y vayamos enviando naves que saqueen todas las islas y ciudades aliadas del rey Príamo. De ese modo seguiremos teniendo provisiones y debilitaremos, a la vez, al enemigo. Como Príamo no puede proteger a sus aliados sin una flota, estos le irán abandonando uno tras otro. Y propongo que el príncipe Aquiles comande esas expediciones.»

El consejo se mostró de acuerdo. Ocho años dedicaron, pues, los griegos a un asedio que no era realmente un asedio y se volvía más tedioso cada año. Ansiaban volver ver a sus novias o esposas e hijos, y las precarias chozas que se habían construido en filas tras la empalizada no podrían convertirse nunca en verdaderos hogares. Saltaban disputas por motivos nimios, absurdos; y a menudo terminaban con asesinatos. Sin embargo, si un soldado se atrevía a decir que había que firmar la paz en cualesquiera términos, se le tachaba de cobarde y le ordenaban arriesgar la vida en la siguiente incursión.

Áyax el Grande, el de Salamina —hijo de Telamón—, dos veces desembarcó en Tracia y regresó con un ingente botín. Pero la mayoría de las incursiones las capitaneaba Aquiles, quien saqueó unas treinta ciudades a lo largo de la costa del Asia Menor, por

ejemplo Lesbos, Focea, Colofón, Esmirna, Clazómenas, Cime[6], Egíalo, Tenos, Adramitio, Colonas, Antandro y Tebas Hipoplacia, donde mató al suegro de Héctor y a siete de sus cuñados. Entre los cautivos de Tebas estaba una hermosa muchacha llamada Criseida que era hija de Crises —un sacerdote de Apolo— y coincidió que estaba allí de visita. Esta Criseida provocaría luego la airada riña entre Agamenón y Aquiles que estuvo cerca de llevar a los griegos al desastre.

Aquiles también atacó Dárdano, una ciudad relativamente cercana a Troya. Allí gobernaba Eneas —primo del rey Príamo— en nombre de Anquises, su anciano padre. Como, por un motivo u otro, Príamo trataba a Eneas con frialdad —a pesar de ser este su primo e hijo de la mismísima Afrodita—, los dardanios se habían mantenido neutrales. Aquiles, sin respetar la neutralidad de Eneas, lo persiguió por las boscosas laderas del monte Ida, arreó su ganado, mató a sus pastores y saqueó Lirneso, la ciudad en la que Eneas había buscado refugio. Eneas fue rescatado por el todopoderoso Zeus, pero el comportamiento de Aquiles le enojó tanto que se sumó al bando troyano y luchó valerosamente por ellos (ayudado por su madre, la diosa Afrodita).

Una disputa de importantes repercusiones estalló entonces entre Palamedes de Eubea y Odiseo. Palamedes había inventado los faros marítimos, las escaleras, los pesos y las medidas, el alfabeto, el lanzamiento de disco y el arte de apostar centinelas. Odiseo tenía mucha envidia de su genio. Un día que Agamenón envió a Odiseo para que realizase una incursión contra Tracia —en busca de grano— y Odiseo regresó con las manos vacías, Palamedes se burló de su fracaso. «No fue culpa mía —dijo Odiseo—. Resultó que no había grano en ninguna de las ciudades que ataqué. Tú tampoco habrías conseguido nada.» «¿Estás seguro?», preguntó Palamedes. Zarpó de inmediato y, a los pocos días, trajo una nave entera cargada de cereal.

«¿Cómo lo has conseguido?», preguntó Odiseo.

«He usado el sentido común», fue la única respuesta que le dio Palamedes.

Odiseo decidió devolvérsela y, tras darle muchas vueltas al asunto, concibió un malvado plan. Entró en la choza de Agamenón una mañana temprano. «Los dioses —dijo— me han advertido, en un sueño, de que entre nosotros se esconde un traidor. Dicen que hay que trasladar el campamento durante veinticuatro horas.»

Agamenón dio las órdenes necesarias y esa misma noche Odiseo enterró, sin que nadie le viera, un saco de oro en el sitio que había ocupado la choza de Palamedes. Entonces obligó a un prisionero frigio a escribir una carta en su idioma (como si la hubiese enviado, para Palamedes, el rey Príamo). La carta decía: «El oro que por la presente te envío es el precio que ambos hemos acordado para que drogues a los centinelas griegos. Mi hijo el príncipe Héctor estará preparado para irrumpir en el campamento de las naves al alba, dentro de tres días». Odiseo le dijo al prisionero que le entregara a Palamedes esa carta, pero había dispuesto que lo mataran apenas marchase a hacerlo. Cuando volvieron a instalar el campamento en su sitio, alguien reparó en el cuerpo del prisionero y llevó la carta al consejo de Agamenón. Un intérprete la leyó en alto y Palamedes fue acusado de traición inmediatamente. Cuando dijo que él no había aceptado ningún oro de Príamo, Odiseo propuso efectuar un registro exhaustivo de su choza. Encontraron el oro bajo el mástil de la tienda y Agamenón, que odiaba a Palamedes porque en Áulide el ejército lo había preferido como comandante en jefe, lo sentenció a morir lapidado.

De camino al patíbulo, Palamedes exclamó con voz potente: «Verdad, lamento tu destino. Has muerto antes que yo». Se había ganado la gratitud general inventando los dados, que se hacían con tabas de oveja y ayudaban a los soldados a entretener su aburrimiento y su nostalgia. Pero Odiseo los convenció de que era un traidor…

La noticia llegó a oídos de Nauplio —el padre de Palamedes—, rey de Eubea, quien llegó a Troya hecho una furia, denunciando que su hijo había sido víctima de una infame conspiración. Agamenón lo despidió de malos modos. «Palamedes —le dijo— tuvo un juicio imparcial y recibió una condena justa.» Nauplio juró vengarse, se llevó del campamento sus naves y sus hombres, y, cuando hubo

vuelto a casa, fue por Grecia visitando, una tras otra, a las esposas de todos los enemigos de Palamedes, haciéndole creer a cada una la misma historia: «Tu marido ha capturado a una joven esclava adorable. Pretende divorciarse de ti para casarse con ella». Unas pocas de aquellas desdichadas reinas se suicidaron… pero el resto se vengó buscando amantes —por ejemplo Clitemnestra, la esposa de Agamenón; y la esposa de Diomedes, el rey de Argos; y la esposa de Idomeneo el cretense y también, según algunos, Penélope, la esposa de Odiseo—[7], planeando matar a sus maridos cuando retornaran.

La ira de Aquiles contra Agamenón se iba haciendo más intensa. Aparte de que estaba convencido de la inocencia de Palamedes, odiaba el modo injusto en que el gran rey repartía el botín que capturaban. En lugar de dejar que quien hubiera capitaneado una incursión se quedase con dos tercios del botín para él mismo y para sus hombres —entregando el resto a un fondo común—, Agamenón lo distribuía todo entre sus consejeros según sus respectivos rangos. Lo que significaba que, si entraban cien libras de oro, Agamenón reclamaría diez; Idomeneo, ocho; Menelao, Néstor, Diomedes y Odiseo, cinco cada uno; y así sucesivamente. En cambio, Aquiles o Áyax el Grande, como eran simples príncipes —no reyes—, solamente podían reclamar una libra, a no ser que el consejo tuviese a bien concederles un premio honorífico adicional. Aquiles se sentía estafado porque ninguno de aquellos reyes —salvo Odiseo— se hacían cargo nunca de las incursiones, por entender que eran algo que quedaba por debajo de su dignidad. Pero el consejo se negaba a modificar su norma…

Justo fuera de Troya había un templo de Apolo que griegos y troyanos habían acordado tratar como terreno neutral. Una mañana, yendo Aquiles desarmado a aquel templo para ofrecer un sacrificio, se encontró de improviso con la reina Hécuba, a quien acompañaba su hermosa hija Políxena, la cual iba vestida con lino escarlata y llevaba un pesado collar de oro. Aquiles se enamoró violentamente de ella en ese mismo instante. No dijo nada, pero volvió al campamento hecho pedazos y en seguida mandó a su auriga

regresar al templo, pues sabía que Héctor iría allí para hacer un sacrificio esa misma tarde. El auriga había de preguntarle a Héctor en privado: «¿En qué términos podría el príncipe Aquiles esperar casarse con tu hermana Políxena?». Héctor, a pesar de la rabia que sentía contra Aquiles porque había matado a su suegro y a sus siete cuñados, antepuso el bien de Troya a cualquier rencor personal[8]. Entregó al auriga una carta sellada dirigida a Aquiles, la cual decía: «Oigo, príncipe, que el rey Agamenón y su consejo te han insultado en muchas ocasiones. No siendo su súbdito, sino un voluntario —y además demasiado joven para haber estado entre los pretendientes de la reina Helena—, puede ser que te sientas quizás inclinado a actuar en tu propio interés… dejándome entrar con mis hombres una noche en el campamento griego. Cuando hayamos matado a Agamenón y a su hermano Menelao, serás libre de casarte con mi hermana Políxena».

Aquiles consideró seriamente aquella oferta… pero tuvo miedo de que, si dejaba entrar en el campamento a los troyanos, estos pudiesen matar por error a algunos de sus amigos (por ejemplo a sus primos Áyax el Grande y Áyax el Menor). De modo que optó por esperar hasta que Troya cayese, y entonces ganarse a Políxena sin necesidad de pagarle nada a Héctor.

V. La disputa de Aquiles con Agamenón

Cuando empezaba el fatídico año noveno, la propia Troya había sufrido poco; pero muchos de sus aliados la habían abandonado, y a otros solamente era posible mantenerlos leales sobornándolos con grandes cantidades de oro. El tesoro de Príamo estaba a punto de agotarse. De todas formas, ninguna ciudad o tribu del Asia Menor quería que los griegos derrotasen a los troyanos y se enriquecieran controlando el comercio del mar Negro. Y, así, cuando corrió la noticia de que se estaba preparando un ataque griego para principios del verano, llegaron en ayuda del rey Príamo importantes contingentes desde la remota Licia, Plafagonia y más lugares.

El todopoderoso Zeus se veía en una posición complicada. Príamo siempre le había ofrecido unos sacrificios espléndidos, y los troyanos se estaban comportando con valentía y honorabilidad (que era más de lo que cabía decir de los griegos). Zeus no podía negar que había sido él quien había organizado el certamen de belleza, y sabía perfectamente que había sido Afrodita, la irresistible diosa del amor, quien había urdido aquella escandalosa aventura erótica de Paris y Helena que fue la causa de la guerra. Pero no se atrevía a contrariar a Hera —su esposa— y a su hija Atenea, que exigían, ambas, venganza contra Troya. Así que se mantenía neutral… aunque poniéndoles las cosas todo lo desagradables que podía a los griegos.

Recordará el lector que Aquiles había hecho prisionera a la adorable Criseida, hija de Crises, el sacerdote de Apolo. A la hora de repartir el botín, la muchacha le correspondió como esclava a Agamenón y se encariñó de él bastante; pero un día se presentó de improviso en el campamento griego Crises llevando una vara de oro[9] atada con unas cintas de lana para ceñir a la cabeza —consagradas a Apolo—[10] y reclamando la devolución de Criseida, por la que

ofrecía un generoso rescate. Aunque el consejo real instaba a Agamenón para que accediera, a él lo agarró una gran furia: le dijo a Crises, de malos modos, que se largara de allí y no volviera a aparecer si no quería que le diese una buena paliza. «Criseida es mía —gritó— y no tengo intención de renunciar a ella».

Crises se retiró y, deteniéndose a la orilla del mar, rogó a Apolo venganza. Apolo descendió airado desde el Olimpo con un arco de plata en la mano y flechas repiqueteando en su aljaba. Se sentó en un cerro próximo y se puso a disparar a los griegos. Cada flecha llevaba en la punta la peste, y, como en el campamento reinaba la inmundicia —rara vez se preocupaban de sacar los desperdicios, o de lavarse o cambiarse de ropa—, la peste no tardó en propagarse de hombre a hombre. Antes de que pasaran diez días, habían muerto cientos de griegos; y a sus camaradas les resultaba cada vez más complicado quemar los cadáveres. (Las reservas de madera se estaban agotando.) Aquella calamidad alarmó a Hera, quien visitó a Aquiles en un sueño. «Príncipe —le dijo—, convoca de inmediato un consejo real y mira qué puedes hacer para salvar la expedición.»

Aquiles hizo como la diosa le ordenó y, cuando se reunió el consejo, propuso que Agamenón preguntara a algún vate fiable por qué había enviado Apolo aquella peste. Mandaron llamar a Calcante. Este se levantó y dijo: «Si os digo la verdad, señores míos, y la verdad disgustara al gran rey, ¿quién ha de protegerme de su enojo?».

«Yo lo haré —dijo Aquiles—. Confía en mí.»

Calcante le dijo entonces sin ambages al consejo que, salvo que Criseida le fuese devuelta a su padre sin rescate, la peste continuaría hasta que no quedase vivo ningún griego.

Agamenón llamó a Calcante mentiroso. «Es un truco miserable —gritó— para robarme a mi Criseida, a quien por cierto prefiero de lejos sobre mi esposa Clitemnestra, y la cual me fue dada por el real consejo como premio de honor. Así y todo la devolveré —si insistís en creeros esta historia inverosímil—, pero a condición de que me compenséis la pérdida con una esclava que posea una belleza y unas dotes equivalentes.»

Perdió también los estribos Aquiles, llamando a Agamenón granuja codicioso. «Tú sabes perfectamente —dijo— que no hay depósito común ninguno de botín del que echar mano. Todo se ha ido repartiendo conforme llegaba. (De manera harto injusta, por cierto.) ¿Y a cuál de nosotros se le ha de pedir que te dé su bella esclava? Eso es lo que quiero yo saber.»

«Refrena tu lengua —exclamó Agamenón—. ¿Piensas acaso que tú vas a conservar tu premio de honor mientras yo, gran rey y comandante en jefe de los griegos, quedo con las manos vacías? Este consejo ha de hacer lo que yo diga o me tomaré la justicia por mi mano y escogeré el premio de honor que me plazca, tomándolo de quienquiera que posea la esclava que yo necesite, ya se trate de Áyax el Grande o de Odiseo o incluso de ti mismo. Pero entre tanto supongo que Criseida habrá de ser restituida a su padre…»

Aquiles se puso más rabioso que nunca. «Yo no estoy sometido a tu mando —dijo a gritos—. Yo vine aquí como voluntario. Además, hasta ahora mis hombres y yo hemos librado casi todo el combate… y recibido la parte más mezquina posible del botín. ¿Amenazas con arrebatarme el premio que el consejo me concedió tras mi saqueo de Tebas Hipoplacia? En tal caso, no tengo intención de seguir humillándome a mí mismo con más esfuerzos desagradecidos que llenan tus arcas particulares. Vuelvo a casa.»

«Sea —dijo Agamenón—. No cabe duda de que eres un cobarde, aparte de un traidor. Vuelve a casa si has de hacerlo, pero te juro por el todopoderoso Zeus que yo me acercaré a tu choza antes y me llevaré a tu esclava Briseida (usando la fuerza si hace falta). Eso te enseñará a no discutir con quienes son mayores y mejores que tú.»

Aquiles tenía ya medio desenfundada la espada y habría matado a Agamenón en el acto… si Atenea no hubiera visto que aquello podía provocar una guerra civil en el campamento griego y salvar a Troya de la destrucción. Apareció de improviso junto a Aquiles —invisible para todos salvo para él— y retuvo su mano. «Puedes dirigirle a Agamenón los insultos que quieras —dijo— pero no uses la violencia. Juro solemnemente que, antes de que pasen muchos días, Agamenón te pedirá disculpas y te ofrecerá tesoros tremendamente más valiosos que tu esclava tebana.»

Aquiles reintrodujo la espada en la vaina, murmurando: «Siempre es sabio obedecer a los dioses inmortales». Entonces se volvió hacia Agamenón, disparándole todos los denuestos de la lengua griega y manifestando su estupefacción ante el hecho de que ningún otro miembro del consejo se atreviera a enfrentarse a él. Llegaría —dijo— la hora en que los griegos, en la inminencia de verse masacrados por los troyanos de Héctor, le suplicasen que salvara sus vidas; pero él se cruzaría sombríamente de brazos y miraría mientras Agamenón se retorciese de desesperación y maldijese su propia codicia y terquedad.

El anciano Néstor intentó —sin éxito— mediar en la disputa. Se disolvió el consejo y Agamenón, tras enviar a Criseida por mar a casa —escoltada por Odiseo—, llamó a sus dos heraldos reales y les dijo: «Traedme a la esclava Briseida de la choza de Aquiles».

Los heraldos marcharon temiendo por sus vidas… pero Aquiles, que confiaba en la promesa de Atenea, no opuso resistencia. Únicamente repitió su advertencia de lo que ocurriría cuando Héctor atacase el campamento griego. Echó a andar por la playa sumido en la melancolía, y al cabo se detuvo y rogó ayuda a su madre, la diosa marina Tetis. Esta subió nadando desde su cueva submarina, se sentó en la arena y escuchó, conmovida, mientras él le contaba sus dificultades. Después le prometió que iría a ver al todopoderoso Zeus y le haría castigar a Agamenón.

Esa misma tarde, Hera vio a Tetis conversando muy seria con Zeus y, a la hora de la cena, preguntó a este de qué habían estado hablando. Él se negó a contestar y, cuando Hera le soltó: «Supongo que te estaba pidiendo un favor para su hijo Aquiles, ¿quizás dejar que Héctor les dé a los griegos una buena paliza?», Zeus la amenazó con sacudirle tremenda zurra él a ella. Hera no se atrevió a replicar y su hijo Hefesto el herrero, el marido (cojo) de Afrodita, se apresuró a ofrecerle una copa de vino dulce. «Por favor, no refunfuñes —murmuró—. El padre Zeus sería capaz de lanzar contra nosotros su rayo y ¿qué sería de nosotros entonces? Bébete esto, querida madre.»

Zeus decidió mantener la promesa que le había hecho a Tetis y envió un falso sueño disfrazado del anciano rey Néstor. Esa misma

noche, el falso sueño le dijo a Agamenón: «Un mensaje del todopoderoso Zeus. La reina Hera lo ha convencido de que te deje tomar Troya. Coloca a tus hombres en formación al alba y marcha contra la ciudad».

Agamenón despertó de inmediato al consejo y refirió el mensaje. El anciano Néstor, orgulloso de figurar en un sueño divino, pensó que este tenía que ser auténtico y aconsejó obedecer al punto. Pero Agamenón convocó una asamblea general de todos sus soldados y tuvo la absurda ocurrencia de poner a prueba su valentía recordándoles cuán pocos eran comparados con los troyanos, cuánto tiempo duraba ya la guerra y cuán poca esperanza tenían de salir victoriosos. «¿Por qué luchamos contra el destino? —les preguntó— ¿Tal vez debiéramos, después de todo, volver a casa antes de que nos suceda algo peor?»

En lugar de que todos alzasen —como él esperaba— sonoras protestas y exclamasen: «¡No! ¡No! ¡Hemos jurado tomar Troya!», los gritos fueron de: «¡Bien dicho! ¡Bien dicho, majestad! ¡Vayámonos de aquí en este instante!».

Hera oyó los gritos de júbilo, el retumbar de tantos pasos y el ruido de naves cargándose. Envió de inmediato a Atenea para que corrigiese el error del gran rey. Atenea vio a Odiseo parado, taciturno, junto a su bajel y le dijo que usara el cetro de Agamenón para volver a poner a los hombres en vereda. Él lo hizo e impidió que botasen las naves amenazándoles con que, quienquiera que tomase en serio la broma de Agamenón e intentase zarpar, sería ejecutado por desertor. Entonces convocó otra asamblea general y en ella recordó la profecía de Calcante sobre la serpiente y los gorriones, aprovechando para mencionar el sueño divino de Agamenón. «Ahora, camaradas, tomemos un buen desayuno —dijo —, y después atacaremos Troya, que está destinada a caer. Nos lo ha prometido el todopoderoso Zeus…»

Un soldado común llamado Tersites, el hombre más feo del ejército —estevado, chepudo y casi calvo—, se levantó y se puso a lanzar improperios a los jefes griegos: «¿Por qué tendríamos que quedarnos aquí, padeciendo por un puñado de reyes codiciosos y cobardes? Mirad la forma mezquina en que Agamenón ha tratado a

Aquiles. Lo único que quiere es botín y gloria… ¡a expensas de otros! ¿Por qué no nos vamos a casa —como él mismo proponía— y le dejamos que continúe con esta guerra él solo?». Odiseo caminó hasta Tersites y exclamó: «Cállate, charlatán miserable. No te consiento que insultes a nuestro gran comandante en jefe». Y golpeó a Tersites con el pesado cetro de oro hasta que por sus mejillas rodaron lágrimas.

Tersites tenía tan mala lengua y tantos enemigos, que todos los presentes aclamaron a Odiseo con mucho alboroto y, tras una buena comida de carne asada al espetón —con abundantes tragos de un potente vino de Lemnos—, el ejército al completo, salvo los mirmidones de Aquiles, se dispuso en formación de batalla. Los troyanos, que miraban desde las altas murallas, a toda prisa se colocaron las armaduras, aparejaron sus carros de guerra, abrieron las puertas de la ciudad y salieron en tropel para hacer frente al ataque. Grandes nubes de polvo se alzaron a ambos lados de la llanura, oscureciendo el sol.

VI. Ganan la delantera los griegos

La batalla no había empezado todavía cuando Paris, vestido con una capa de piel de pantera, echó a correr y se situó entre los dos ejércitos llevando una espada, dos lanzas y un arco. A grandes voces, desafió a luchar con él en combate singular a cualquier griego que se atreviera. Bramando de rabia, Menelao saltó de su carro de guerra y se lanzó contra su mortal enemigo. Como Menelao llevaba armadura completa —casco, peto, grebas y todo—, Paris se lo pensó mejor y, retrocediendo, volvió a escurrirse entre las filas troyanas. Su hermano Héctor gritó con repugnancia: «¡Embustero cobarde bien plantado! ¡Gandul de ricitos de oro! ¡Ojalá no hubieses nacido nunca! Los enemigos se están riendo de tu oprobio. A fe mía que estábamos locos por no haberte lapidado hace ya mucho tiempo».

Paris respondió: «Hablas juiciosamente, hermano; mas ¿por qué reprobar mi buena planta si los dioses me la dieron al nacer? Parece que insistes en que luche contra el rey Menelao. Pues muy bien: estoy listo. Es justo que él y yo dirimamos todo esto en un duelo. Si él me mata, tiene mi bendición para quedarse con Helena y su fortuna. Si yo le mato, Helena permanece aquí. Después podemos devolver el tesoro de Apolo a su templo de Esparta y todo estará arreglado. Pero primero me tengo que poner las mismas armas que Menelao…».

Héctor, aliviado por la respuesta de Paris, empezó a recorrer la línea de los troyanos sosteniendo su lanza al nivel del pecho y empujando a los soldados hacia atrás. «Deteneos y sentaos», gritaba. Aunque volaron hacia Héctor flechas y pedradas griegas a mansalva, ninguna le dio. Y, cuando Agamenón se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, ordenó: «Dejad tranquilo al príncipe Héctor, camaradas. Probablemente tenga algo importante que decir».

Héctor se volvió. «Troyanos y griegos —anunció—, mi hermano, cuya fuga con la reina Helena provocó esta guerra miserable, os ruega que depongáis las armas y os sentéis. Él y el rey Menelao se disponen a luchar a muerte por esa hermosa dama y su fortuna. Mientras tanto, tendríamos que pactar una tregua.»

Menelao aceptó el desafío de Paris, Agamenón aceptó la tregua y, tras cierta demora debida a la necesidad de sacrificar unos corderos, ambos bandos depusieron las armas y los jefes se apearon de sus carros de guerra. Todos acogieron favorablemente la perspectiva de una paz honorable.

Príamo, sus consejeros de más edad y la reina Helena —que miraban desde las murallas de Troya— vieron a Héctor meter dos guijarros marcados en su casco y agitarlo para decidir si sería Paris o Menelao quien arrojase la primera lanza. Salió el guijarro de Paris. Cuando este se hubo puesto el magnífico coselete que le prestó un hermano suyo, un escudo y un casco que le prestó otro, y un par de grebas que le prestó un tercero, ambos campeones avanzaron hacia el encuentro blandiendo sus armas.

La lanza que arrojó Paris acertó en el escudo de Menelao de lleno, pero la punta no logró perforar las tupidas capas de piel de toro que había bajo el revestimiento de bronce. Menelao, en respuesta, ofreció una plegaria al todopoderoso Zeus y lanzó su venablo con una fuerza terrorífica. La lanza desgarró el escudo de Paris, pero este se inclinó hacia un lado y no sufrió sino un rasguño en el coselete. Menelao entonces se echó a correr espada en mano y golpeó el casco de Paris con tal rigor, que la hoja de la espada se quebró en cuatro trozos. Mientras Paris se tambaleaba, Menelao lo agarró del penacho de crin equina de su casco y le empezó a hacer dar vueltas sosteniéndolo en vilo. Medio estrangulado por el barboquejo, Paris vio que ahora su enemigo lo arrastraba hacia las líneas griegas.

El duelo habría terminado en un triunfo glorioso para Menelao… de no haberse lanzado Afrodita al rescate de Paris. Alargando una mano invisible, rompió el barboquejo y dejó a Menelao con un yelmo vacío en las manos. Se lo arrojó a sus camaradas, recogió la lanza de Paris y volvió para matarlo. Pero Paris… ¡ya no estaba allí!

Afrodita había hecho invisible a su favorito y lo había llevado a la seguridad tras las líneas troyanas.

Viendo que Paris no aparecía por ninguna parte, Agamenón gritó: «Concededme, oh troyanos, vuestra atención. Declaro vencedor a mi hermano Menelao. Ahora debéis entregarnos a la reina Helena y su fortuna, además de pagarme a mí una gran indemnización por los gastos de nuestra campaña».

Sus hombres estallaron en vítores y los troyanos, aunque murmuraban maldiciones contra Paris, no podían discutir la victoria de Menelao. Luego Helena, que había cerrado los ojos cuando la muerte de Paris parecía inminente, supo por una anciana sirvienta que este estaba de regreso en la alcoba de ambos. Fue a regañarle por su cobardía… pero él se limitó a sonreír y a comentar: «Atenea ha ayudado a Menelao; Afrodita me ha ayudado a mí. Más es aún: me ha salvado la vida, como yo sabía que iba a hacer. En fin: que este asalto lo ha ganado Menelao. A lo mejor el siguiente lo gano yo…».

Mientras tanto se estaba produciendo una disputa en el cielo entre el todopoderoso Zeus y el resto de dioses y diosas. Zeus quería librar a Troya de la destrucción. Tal era la vehemencia, sin embargo, de las quejas tanto de Hera, como de Atenea, que les dejó salirse con la suya. Hera había llegado a decir: «Destruye Argos, Micenas, Esparta o cualquiera de mis otras ciudades favoritas; pero insisto en que Troya ha de caer». Atenea vio que como mejor podía mantener viva la guerra —ahora que a los troyanos su honor los obligaba a entregar a Helena y su tesoro— era haciendo que alguno de los aliados troyanos quebrantase la tregua. De manera que se disfrazó como uno de los hijos de Príamo y le dijo al rey Pándaro, el licio: «Hazme caso, Pándaro, y dispara a Menelao mientras sigue ahí expuesto. Si lo matas, te ganarás una gloria imperecedera y también te dará una bonita recompensa Paris».

Pándaro siguió —¡insensato!— el consejo de Atenea. Echó mano de su arco, que estaba hecho con dos cuernos de antílope ensamblados —de más de un metro cada uno—, lo encordó, ajustó a la cuerda una flecha y disparó. Atenea, por supuesto, no tenía intención de dejar que mataran a su amigo Menelao. Se puso

delante de él y guio la flecha adonde menos daño pudiera causar. La punta simplemente le hizo un corte en el costado, que sangró un poco. Pero la tregua estaba rota…

Unos minutos después, los dos ejércitos colisionaban frontalmente con entrechocar de escudos y estrépito de armas. La llanura no tardó en quedar cubierta de cientos de cadáveres. La lucha estuvo arreciando aquí y allá… hasta que al fin los troyanos de Héctor se retiraron y los griegos empezaron a despojar con avidez de sus armas y armaduras a los muertos enemigos.

Quien mejor luchó aquel día fue Diomedes —rey de Argos—, aunque Agamenón, Menelao, Áyax el Grande y otros caudillos griegos dieron cuenta igualmente de no pocos enemigos. La mismísima Atenea ayudó a Diomedes mientras este sembraba el terror por el campo de batalla desde su carro de guerra, alanceando hombres a mansalva y sin molestarse casi nunca en despojar después sus cuerpos. Pándaro lo detuvo momentáneamente con una flecha que atravesó la hombrera de su armadura, pero, cuando su auriga se la hubo extraído, Atenea le dio fuerzas renovadas para que matase a muchos más troyanos.

Entonces Eneas invitó a Pándaro a subir a su carro de guerra, del que tiraban dos yeguas de estirpe divina, más rápidas que el viento. «Yo guío, tú luchas —propuso—. Juntos no nos costará acabar con el campeón argivo.»

Pándaro subió. «Yo pensaba —dijo— que mi flecha había hecho su trabajo; pero a Diomedes se conoce que lo protege algún dios o alguna diosa. Esta vez usaré mi lanza y lo aviaré.»

Diomedes los vio acercándose al galope. Le dijo a su auriga: «No te asustes. Atenea nos protege. En cuanto yo haya matado a esos dos reyes, abandona el carro, agarra el del príncipe Eneas y condúcelo hasta el campamento. Sus yeguas son de estirpe divina y veinte veces más valiosas que las mías…».

Pándaro arrojó la primera lanza. Atravesó el escudo de Diomedes e hizo mella en su peto, pero no fue más allá. La lanza de Diomedes —guiada por Atenea— atinó a Pándaro entre los ojos y lo mató en el acto. Eneas se apeó para custodiar el cuerpo caído. Diomedes se apeó también. Cogió —y lanzó a Eneas— una ingente roca que le

rompió el fémur. Cuando Afrodita bajó volando y lo envolvió en un pliegue de su blanco vestido, Diomedes supo de inmediato a quién tenía delante. La acometió —¡osado!— con su lanza y le hirió la palma de la mano, justo por encima de la muñeca. Los dioses y las diosas nunca sangran, pero del pinchazo de la lanza manó un fluido incoloro llamado «icor». Afrodita soltó a Eneas, dio un grito, fue corriendo adonde estaba Ares, el dios de la guerra —que contemplaba la batalla sentado en una colina cercana—, y se desmayó en el carro de este. Iris, la mensajera de los dioses, tuvo la amabilidad de llevarla en él de vuelta —sollozante de dolor— al Olimpo.

Diomedes, entre tanto, habría finiquitado a Eneas —cuyo carro de guerra ya estaba de camino al campamento de las naves— si Apolo no hubiera blandido una espada gritando con acentos terribles: «Ten cuidado, mortal impulsivo. Has osado atacar a la diosa Afrodita, pero aquí tienes al dios Apolo».

Héctor entonces guio, asistido por Ares —que favorecía a los troyanos—, un audaz contraataque. Eneas, a quien Apolo había trasladado al templo que allí tenía —curándolo instantáneamente—, corrió en su apoyo y juntos mataron a falanges enteras de griegos.

VII. Ganan la delantera los troyanos

Con permiso del todopoderoso Zeus, Atenea subió en su carro de guerra divino y fue en busca de Diomedes. Lo encontró pálido y taciturno, perdiendo sangre todavía por la herida de la flecha. «Sube y lucha contra Ares», le ordenó dándole fuerzas renovadas. Diomedes obedeció y, juntos, se lanzaron al galope. Atenea se hizo invisible y, cuando Ares alanceaba con furia asesina a Diomedes, ella desvió el golpe y Diomedes arremetió con su lanza contra el estómago del dios. Mientras la hoja se le hundía en el cuerpo, Ares bramó más fuerte que nueve o diez mil hombres y huyó al Olimpo, donde mostró a Zeus el icor fluyéndole a raudales por la herida. «¿Cómo osan los mortales tratar a los dioses con tal impiedad?», se quejaba.

Zeus le dijo que era un loco porfiado y violento, peor incluso que su madre (la diosa Hera); pero dejó que Apolo lo curara. Para ser justo ordenó que también Atenea dejase de luchar.

Diomedes se encontró frente a un licio llamado Glauco y, tras desafiarle, descubrió que su propio abuelo Eneo, el argonauta —quien plantó el primer viñedo en Grecia—, había sido amigo íntimo de un abuelo de dicho Glauco, o sea, de Belerofonte, quien mató a la monstruosa Quimera[11]. Por ese vínculo familiar decidieron que no se enfrentarían, y Diomedes dijo: «Intercambiemos nuestras armas en reconocimiento abierto de nuestra amistad». Glauco, comprendiendo que no tenía ninguna posibilidad ante tan poderoso campeón, se avino al intercambio, aunque él llevaba armadura de oro y, Diomedes, solamente de bronce.

Héctor hizo una fugaz visita a Troya. Montones de mujeres se apelotonaron a su alrededor, suplicando nuevas sobre sus hijos o esposos; pero él las apartó y fue en busca de su madre, la reina

Hécuba. «Como no hagas que estas mujeres realicen plegarias y sacrificios públicos —dijo— estamos perdidos. Es sobre todo a Atenea a quien habéis de venerar. Hoy se ha mostrado insólitamente dura con nosotros.» Luego fue a casa de Paris, a quien halló lustrando su coraza con una delicada gamuza. «¡Cobarde impresentable —gritó—. ¿Cómo osas mantenerte ajeno a una batalla en la que están muriendo por tu causa tantos valientes troyanos?»

Paris respondió: «Hablas juiciosamente, hermano; mas lo cierto es que, sintiéndome algo triste tras luchar con Menelao, vine a casa a llorar bien a bien en esta silla. Mi querida Helena acaba de plantear que debería volver a salir, y justo estaba preparando mi armadura. Uno nunca sabe quién ganará el siguiente asalto, ¿verdad que no?».

Helena rogó a Héctor que la perdonara. «Todos los desastres que he hecho caer sobre Troya no son, en realidad, culpa mía —dijo sollozando—. Los dioses lo organizaron todo. Yo no podía desobedecer a Afrodita. Por favor, siéntate y reposa un instante. Se te ve tan cansado…»

Héctor no esperó. Salió de allí a toda prisa y en la calle se encontró con Andrómaca, su esposa, que llevaba a Escamandrio[12], el hijo de tres años de ambos. Andrómaca trató de retenerle. «Quédate aquí, a salvo —le suplicó—. No me hagas viuda. No hagas huérfano a nuestro adorado niño.» Él repuso: «El honor me impide rehuir la batalla, por más que sepa que mi familia y mis amigos están condenados. Lo peor de todo —lo confieso— es el pensamiento de que a ti te llevará llorosa a la esclavitud algún cruel príncipe griego, viéndote obligada a penar como sierva y a encajar miradas zafias cuando digan: "¿Veis a esa? Es Andrómaca. Antaño fue la esposa de Héctor el troyano"». Escamandrio se puso a llorar, asustado por las lágrimas de Andrómaca y por el enhiesto penacho de su padre. De manera que Héctor se sacó el casco, cogió en brazos al niño y se puso a hacerle carantoñas, rogando a Andrómaca que se sobrepusiera y que no hiciese más difíciles aún las cosas. «La guerra es el oficio del hombre. Déjame ejercerlo. Si he de morir, he de morir.»

Marchó. Entonces Paris lo alcanzó corriendo —ya completamente armado—, disculpándose por llegar tarde. Y los hermanos se dirigieron a la batalla codo con codo.

Héctor desafió, con grandes voces, a cualquier príncipe griego a enfrentársele en un duelo. Nadie osaba aceptar… hasta que el rey Menelao dio un paso adelante. Se lamentaba quedamente para sus adentros, bien consciente de cuán poca esperanza tenía de derrotar a Héctor. De manera que los otros miembros del consejo lo sujetaron, y nueve de ellos llegaron a ofrecerse para ocupar su lugar. (Entre estos se contaban Agamenón, Diomedes, Áyax el Grande, Idomeneo de Creta y Odiseo.) Marcaron nueve guijarros y los metieron en un yelmo que se encargó de agitar el anciano Néstor. Salió el guijarro de Áyax el Grande —para alegría de este—, y tuvo lugar un terrorífico combate entre él y Héctor. Áyax llevaba un enorme escudo alto: nueve capas de piel de toro recubiertas con bronce. Héctor había optado por un pequeño broquel redondo. Cuando hubieron arrojado cada uno un venablo —errando los dos el tiro—, se empezaron a lanzar unas rocas tremendas. Aunque Áyax atinó a Héctor con una que tenía el tamaño de una piedra de molino, este volvió a levantarse y sacó su espada. Áyax sacó la suya. Pero antes de que pudieran acometerse, llegaron corriendo heraldos del lado griego —así como del troyano— y usaron sus báculos sagrados para separar a ambos campeones. «Dejad de luchar —les gritaron—. Respetad a la diosa de la Noche, que está a punto de tender su manto sobre vuestro enfrentamiento.» Ambos se avinieron cortésmente y Héctor propuso que, después de tan noble duelo, habían de intercambiar presentes de amistosa admiración.

«Nada me agradaría más», respondió Áyax. Le dio a Héctor un cinto púrpura recamado, y a cambio recibió una espada con tachones argénteos. (Con aquel cinturón sería luego Héctor arrastrado hasta la muerte, y con aquella espada se suicidaría luego Áyax.)[13] Los ejércitos entonces regresaron para tomar la cena.

En la reunión del consejo del rey Príamo habló Antenor. Señaló que Paris, quien ya había quebrantado las leyes de la hospitalidad raptando a Helena, había empeorado las cosas más aún al huir de

Menelao en el duelo. «Prestamos juramento ante Zeus de que el ganador tendría a Helena. Hay que enviarla, por tanto, a su casa con todo su tesoro.»

Paris se puso en pie. «Me niego a entregar a Helena —gritó— porque yo no la robé. Ella vino de su propia voluntad. Sin embargo, el botín que capturé en Sidón me ha hecho rico y estoy dispuesto a pagar a Menelao una compensación total.»

Príamo agradeció a Paris tan nobles palabras. Entre tanto propuso una tregua de veinticuatro horas durante la que ambos bandos pudiesen enterrar a sus muertos. Los griegos, aunque rechazaron la oferta de Paris, sí que aceptaron la tregua y, trabajando como hormigas durante todo el día siguiente, levantaron un túmulo de tierra sobre sus difuntos. Lo dispusieron a modo de terraplén a lo largo del campamento y lo fortificaron con un muro de piedra con torretas. La extracción de tal cantidad de tierra formó una honda zanja —o foso— delante.

Su único error fue no ofrendar el ingente sacrificio que en tales ocasiones esperaba el todopoderoso Zeus, y, cuando el amanecer puso fin a la tregua, este mostró su contrariedad concediendo a los troyanos un signo favorable —un trueno del lado derecho de ellos, desde el monte Ida—, lo que a la vez asustó a los griegos. Odiseo abandonó al rey Néstor, quien, aunque era demasiado anciano para luchar, había estado recorriendo con afán en su carro de guerra el campo de batalla, dando ánimos a los combatientes. Diomedes se salvó de que lo capturasen, pero, cuando un rayo disparado por Zeus impactó en el suelo junto a los cascos de sus caballos, incluso él se retiró. Los troyanos de Héctor avanzaban veloces —alanceando a los amedrentados griegos mientras corrían— y en seguida habían empujado a los supervivientes a buscar refugio tras el terraplén. (Unos minutos más y habrían incendiado la flota…) Sin embargo Agamenón dirigió una lastimosa plegaria a Zeus, quien se apiadó e inspiró a Diomedes para que guiase una salida de carros de guerra.

El combatiente griego que aquella mañana salió mejor parado fue Teucro el Arquero, medio hermano de Áyax el Grande (e hijo de Hesíone). Usando el escudo alto de Áyax para cubrirse, se asomaba por los bordes para apuntar rápidamente hacia un troyano, disparar

y volver a guarecerse. Había matado a nueve hombres… cuando Héctor le rompió la clavícula con una roca certeramente lanzada. Los griegos emprendieron nuevamente la huida perseguidos por el triunfante Héctor, que estuvo masacrándolos hasta el anochecer.

En el cielo, Hera estaba hecha una furia. «Ten un poco de paciencia —le dijo Atenea—. Espera un poco más hasta que mi padre cumpla la promesa que hizo a Tetis. Ha jurado hacer que Agamenón le pida perdón a Aquiles y le ofrezca tesoros ingentes a cambio de que deje de maldecir en su choza y regrese al combate.» Hera, no obstante, obligó a Atenea a subir a su carro de guerra de oro. «Juntas, niña mía, cambiaremos el curso de la batalla», anunció sombríamente.

Zeus, que estaba mirando desde el monte Ida, les envió un mensaje a través de Iris: «Si no os apeáis de ese carro inmediatamente, lanzaré mi rayo contra él». Obedecieron y Zeus dijo entonces a Hera: «Muy bien, esposa. Como castigo por inmiscuirte, mañana dejaré a los troyanos obtener una victoria aún mayor». Aquella noche los troyanos acamparon cerca del terraplén enemigo, seguros de que iban a vencer. Tan descorazonados estaban los griegos por sus pérdidas, que, cuando en la reunión del consejo Agamenón propuso levantar el sitio y volver a casa, solamente Diomedes se atrevió a decir: «Eso es lo que haría un cobarde. Yo voy a quedarme y a luchar hasta el final aunque todos me abandonéis».

El anciano Néstor apoyó a Diomedes, añadiendo: «Señores míos, nuestra única esperanza de sobrevivir reside ahora en aplacar a Aquiles y convencerle para que vuelva a la faena». Y, como Néstor no había dicho nada en lo que hubiese falta de respeto, Agamenón reconoció tranquilamente su anterior desatino, prometiendo también disculparse y dar a Aquiles una gran compensación por el agravio —siete calderos de bronce de tres patas, diez lingotes de oro de más de ocho libras de peso cada uno, veinte marmitas de cobre pulido, seis parejas de caballos de carro de guerra galardonados y seis lindas muchachas cautivas que bordaban maravillosamente—, así como restituirle a Briseida. «Además —dijo—, cuando esté de vuelta en casa —en Grecia—, daré a Aquiles un rango y unas dignidades

iguales a las de mi propio hijo Orestes, más una de mis tres hijas por esposa —la que él quiera— y siete ciudades sobre las que gobernar.»

Néstor dio las gracias a Agamenón en nombre del consejo. Propuso que Áyax el Grande y Odiseo se encargaran de llevar la oferta a Aquiles acompañados por Fénix, el anciano tutor de este. Pero, cuando llegaron, Aquiles se negó a aceptar ninguna dádiva de Agamenón. «Ese bellaco se condujo —les dijo— con una mezquindad imperdonable. Jamás podré olvidar de qué manera me despojó de Briseida, con quien yo me iba a casar.» Aunque trató a sus tres huéspedes con cortesía, les dijo sin ambages: «Zarparé para Grecia mañana, abandonando a Agamenón a su destino». Fénix le dijo que era un porfiado y que tenía el corazón de pedernal. Considerando, sin embargo, que no había nada más que hacer, se restañó las lágrimas y optó por acompañarle.

VIII. Peligra el campamento

Aquella noche Agamenón no pudo dormir. Se levantó, se armó y fue en busca de su hermano Menelao. «Lo que necesitamos —les dijo— es un plan verdaderamente astuto para salvar al ejército y la flota. Despierta a Áyax el Grande y al rey Idomeneo de Creta. Puede que a ellos se les ocurra algo.» A todos les irritó que los sacaran a rastras de la cama en mitad de la noche tras todo un día de ardua lucha. Pero era tal la vehemencia con la que Agamenón exigía hacer algo de inmediato, que el consejo decidió enviar exploradores a la tierra de nadie de entre el campamento y las líneas troyanas, en la vaga esperanza de que volviesen con noticias de los designios de Héctor.

Se ofreció voluntario Diomedes y, cuando le pidieron que escogiera un compañero, eligió a Odiseo. Odiseo se avino a ir con él, recordando que Diomedes le había visto abandonar vergonzosamente en la batalla a Néstor unas pocas horas antes. Quería limpiar su buen nombre…

Partieron juntos atravesando el foso y no tardaron en tropezar en la oscuridad con un explorador troyano llamado Dolón. Tras hacer que les diera cuanta información útil podía, le cortaron el cuello sin clemencia. Odiseo escondió el gorro de piel de hurón, la capa de piel de lobo, el arco y la lanza de Dolón en un taray, tras lo que se apresuró con Diomedes hacia el flanco troyano derecho, donde encontrarían acampado —según Dolón les había dicho— al rey Reso de Tracia. Como no había centinelas apostados, se arrastraron hasta allí sigilosamente, asesinaron a Reso —y a doce oficiales que dormían junto a él— y se llevaron sus magníficos caballos, blancos como la nieve y más veloces que el viento. (De regreso también recogieron los despojos de Dolón.) Reso había llegado a Troya esa misma tarde y la captura de sus caballos fue un golpe de suerte

notable para Diomedes y Odiseo, porque estaba aún por consumarse una profecía por cuya virtud los griegos nunca podrían tomar Troya una vez que aquellas bestias hubiesen bebido agua del Escamandro.

Al día siguiente el todopoderoso Zeus volvió a favorecer a los troyanos, aunque el rey Agamenón disfrutó de un breve instante de gloria. Capitaneó una carga de carros de guerra, alanceó a varios nobles troyanos y ya había llegado cerca de las murallas de la ciudad… cuando Zeus decidió cambiar el sesgo de la batalla.

Mandó a Héctor una orden de reagrupar y enardecer a sus hombres, pero sin emprender ninguna acción durante la siguiente media hora. En cuanto Agamenón abandonase el campo, los troyanos podrían masacrar a los griegos —que entonces no tendrían ya caudillo— sin pausa durante toda la tarde. En seguida mató Agamenón a los dos hijos de Antenor… pero uno de ellos, antes de morir, le atravesó con su lanza el brazo, justo encima del codo. Agamenón continuó combatiendo hasta que la herida pasó a dolerle tanto, que dio media vuelta a su carro de guerra y se alejó llorando lastimosamente.

De inmediato Héctor encabezó un fuerte ataque y, aunque estuvo aturdido unos momentos —cuando Diomedes arrojó una lanza que impactó en la base de la cimera de su casco—, empezó a hacer retroceder a los griegos. Paris, escondido tras un pilar de piedra que indicaba la tumba de su abuelo, apuntó entonces al pie de Diomedes, que quedó clavado al suelo con la flecha.

Diomedes llamó a Paris cizañero, mezquino, intrigante celoso, bravucón con arco de juguete, ricitos de oro. «Si tú y yo nos enfrentamos lanza contra lanza, ¿qué posibilidades tendrías de vencer?», bramó. No obstante, tras sacarse la flecha se sintió tan hecho polvo que también él salió del campo y Odiseo tuvo que luchar por su vida contra enjambres de troyanos. Héctor avanzó por la ribera del río Escamandro, donde los tesalios le ofrecieron una firme resistencia… hasta que Paris incrustó una flecha en el hombro del rey de estos, Macaón, quien no solo era el mejor cirujano de Grecia, sino uno de los guerreros más audaces en el combate con carros. Néstor rescató a Macaón y se lo llevó —lo puso a salvo el campamento—, tras lo que el ejército griego solamente se libró de

una completa desbandada por el inquebrantable denuedo de Áyax el Grande.

Aquiles, sentado sobre la popa de su nave varada —contemplando la distante lucha—, vio a Néstor regresar al galope. Su amigo Patroclo, a quien envió para que preguntase el nombre del rey herido, encontró a Néstor ya en su choza. Una esclava estaba sirviendo para Macaón una bebida fresca de cebada hervida en jugo de cebolla y endulzada con miel. Invitaron a Patroclo a unirse a ellos, y así hizo. Tras lamentarse por las bajas griegas, Néstor comentó: «Parece ser que Aquiles no va a combatir debido a cierto mensaje divino, o algo así; pero yo estoy convencido de que él no quiere vernos masacrados. A lo mejor, si tú mismo se lo pidieses con mano izquierda, ¿él podría permitir que guiaras a sus famosos mirmidones contra Héctor? Son unos combatientes de primera, están frescos y bien entrenados y su aparición en el campo de batalla podría dar un vuelco a la lucha en favor nuestro…».

Las fuerzas de Héctor se aprestaban ya a asaltar el terraplén de los griegos e incendiar su flota. Atravesaron en tropel el foso, treparon por el parapeto y no tardaron en tomar un buen trecho del muro a pesar de la defensa tenaz de Áyax el Grande, así como de Teucro el Arquero —cuya clavícula rota se había curado milagrosamente— y de Áyax el Menor, primo de ambos, el cual siempre combatía sin armadura. (Raro era que errasen el blanco sus venablos.)

Zeus Todopoderoso concedió a Héctor el supremo honor de entrar antes que nadie en el campamento. Agarró una enorme roca y corrió hacia el acceso principal. Las altas y sólidas puertas estaban reforzadas con trancas ensambladas. Plantándose a poca distancia y adelantando un pie, apuntó al pleno centro de las puertas y lanzó el proyectil. Las puertas se abrieron con estruendo y Héctor las cruzó a la carrera, con la luz de la victoria en los ojos y seguido por una columna de exultantes troyanos. Los griegos, presa del pánico, huyeron hacia sus naves.

Poseidón, enfurecido por el éxito de Héctor, bajó corriendo desde el Olimpo hasta su palacio del fondo del mar —frente a la isla de Eubea— y allí aparejó un carro de guerra tirado por monstruos

marinos, se puso un coselete dorado, echó mano de un elegante látigo de oro y se puso en marcha, por entre el oleaje, hacia Troya. Allí dejó su carro en una cueva marina situada entre las islas de Imbros y Ténedos y entró en el campamento a pie, disfrazado de Calcante. Poseidón no se atrevía a tomar parte abiertamente en la guerra por temor de irritar a su hermano el todopoderoso Zeus. Así y todo infundía ánimo a los griegos y, con dos toques de su báculo, dio a Áyax el Grande, a Áyax el Menor y a Teucro tal furia batalladora, que parecía que sus manos y sus pies no tuvieran peso. Héctor y Paris mantenían, sin embargo, el ataque troyano y el combate se recrudecía.

Hera entonces le pidió a Afrodita su archifamoso ceñidor, que obligaba a quienquiera que su portadora deseara a enamorarse locamente de esta. «Lo necesito —mintió Hera con gran arte— para una tía mía ya mayor, una diosa marina cuyo esposo hace siglos que se cansó de ella. Me gustaría tanto renovar su amor… Llevan una vida totalmente miserable en el fondo del mar, gruñéndose siempre entre ellos por viejas disputas rancias.»

Hera en realidad se quería poner ella el ceñidor. Cuando se lo abrochó, su marido —el todopoderoso Zeus, a quien últimamente Hera le estaba pareciendo la más fea y estúpida de todas las diosas — sintió hacia ella tan apasionado amor, que perdió el interés por la guerra. Hera se puso a hacerle arrumacos y se tumbó junto a él en un valle del monte Ida, germinando de repente en la tierra que los rodeaba hierba, tréboles, azafranes y jacintos.

Después conveció al dios del Sueño para que cerrara los ojos de Zeus, y, apenas este comenzó a roncar, le envió un mensaje a Poseidón: «Ya puedes hacer lo que te plazca. No hay moros en la costa». Poseidón entonces guio con audacia el ataque griego. Lo seguían de cerca Diomedes y Odiseo. Héctor y Áyax el Grande se encontraron frente a frente. Áyax lanzó una roca que voló por sobre le borde del escudo de Héctor, atinándole debajo del cuello. Héctor se puso a dar vueltas como una peonza y fue apartado del campo de batalla por sus compañeros, gimiendo y vomitando sangre. Los troyanos huyeron…

Cuando Zeus despertó y vio a Poseidón persiguiendo a una turba de troyanos en desbandada, amenazó con castigar a Hera como se merecía. Hera, sin embargo, como llevaba puesto aún el ceñidor de Afrodita, pudo permitirse reírse de sus amenazas y negar que ella hubiese instigado a Poseidón a irrumpir en el campo de batalla. De manera que Zeus se limitó a advertir a este a través de Iris: «Abandona el combate al punto, hermano, o atente a las consecuencias».

La respuesta de Poseidón fue tan grosera, que Iris, cautelosa, aguardó en silencio hasta que el dios se lo pensara mejor. Y así fue: al cabo de un rato, Poseidón acató las órdenes de mala gana. Zeus a continuación le prestó a Apolo su escudo mágico. Este lo agitó ante las miradas de los griegos —que se detuvieron atemorizados— y voló hasta donde estaba Héctor, a quien curó de manera instantánea. Los griegos perdieron su ímpetu y en pocos minutos los troyanos, guiados por Héctor y Eneas, los estaban masacrando a cientos. Rápidamente penetraron en el campamento y esta vez llegaron a la altura de las naves, que —recordará el lector— estaban dispuestas en filas, con una hilera de chozas separando cada una de estas. Todos los griegos salvo Áyax el Grande abandonaron la primera línea de las embarcaciones. Áyax se plantó en la cubierta de la nave que había pertenecido a Protesilao —echando mano de una pica de nueve metros de las que blanden en batallas marítimas no menos de cinco hombres— y ensartó en ella a muchísimos troyanos que portaban teas con las que intentaban prenderle fuego.

IX. Aquiles venga a Patroclo

Patroclo suplicó a Aquiles que le cediese temporalmente su armadura y el mando de sus aguerridos mirmidones. «Con su ayuda —le imploraba— puedo poner en fuga a los troyanos antes de que incendien la flota y masacren a nuestros amigos supervivientes.» Aquiles consintió, pero hizo prometer a Patroclo que, una vez quedase despejado el campamento de enemigos, no trataría de granjearse mayor gloria persiguiéndolos y atacando la propia Troya.

Áyax el Grande ya no pudo seguir defendiendo su nave porque Héctor cercenó la punta de su pica y le dejó tan solo el asta. Bajó de un salto y se unió a sus camaradas, que estaban defendiendo la fila de chozas más próxima. Eso permitió a los troyanos prender fuego a la nave. Aquiles, apenas vio una fina columna de humo elevarse hacia el cielo, prestó a Patroclo sus magníficas armas —armadura incluida—, mandó formar a los mirmidones y los envió a salvar la flota. Su carga fue irresistible. Los troyanos, tomando a Patroclo por Aquiles, fueron ahuyentados nuevamente y sufrieron graves pérdidas.

El todopoderoso Zeus, que observaba todo desde el monte Ida, a lo primero no lograba decidirse entre si Patroclo debía ser destruido de inmediato por Héctor —y despojado de la armadura de Aquiles—, o debía obtener nuevas victorias. Al final le dejó hacer durante media hora más. Patroclo olvidó la promesa que le había hecho a Aquiles y se puso a perseguir a los troyanos que huían por la llanura. Una compañía de mirmidones estaba ya escalando las murallas de Troya —por su parte más débil: la que había construido Éaco—, cuando Apolo apareció en lo alto de la ciudadela y agitó ante ellos su temible escudo. Los mirmidones se retiraron sobrecogidos…

Héctor entonces desafió a Patroclo a un duelo. Apenas ambos se hubieron apeado de sus carros de guerra, Apolo se colocó silenciosamente detrás de Patroclo y le golpeó en el cuello con el canto de la palma de la mano. El casco de Aquiles cayó al suelo, la recia lanza de Aquiles se hizo añicos, el escudo de Aquiles se escurrió también del brazo de Patroclo… y este quedó allí desarmado, aturdido y temblando. Héctor, como un rayo, lo alanceó en el bajo vientre y los troyanos recobraron la moral cuando lo vieron caer.

Siguió una terrible pugna por el cuerpo. Tanto los griegos como los troyanos lo trataban como una piel de toro recién desollada de la cual los vaqueros tiran en todas direcciones para alargarla y hacerla dúctil. Al cabo Menelao y Meríones el cretense —segundo de Idomeneo— consiguieron llevar el cuerpo de vuelta al campamento mientras ambos Áyax —el Grande y el Menor— les cubrían la retaguardia.

Uno de los hijos de Néstor llevó la mala noticia a Aquiles con los ojos cubiertos por las lágrimas. También lloraban Janto y Balio —los dos caballos de Aquiles—, a los que Patroclo había estado guiando. (De sus hocicos goteaban unas lágrimas enormes…) Pero Aquiles ya estaba al tanto. Hera le había enviado un mensaje a través de Iris, ordenándole plantarse en lo alto del terraplén en cuanto apareciesen los troyanos y bramar un desafío. Eso les haría retroceder aterrorizados, pues, habiendo visto a Héctor despojar a Patroclo de la armadura de Aquiles, daban a este por muerto. Aquiles gritó con tal potencia —y tal fue la confusión en que los griegos frenaron en seco—, que a cuarenta de ellos los hirieron las lanzas de los hombres que corrían detrás o los atropellaron los carros de guerra.

Aquiles lloró, puso sus manos enormes sobre el pecho ensangrentado de Patroclo —lanzando unos aullidos horribles: como una leona a la que le han matado un cachorro— y pasó la noche entera doliéndose.

Tetis entonces convenció a Hefesto, el dios herrero cojo, para que le forjara a su hijo unas armas y una armadura nuevas (divinas). Hefesto se puso manos a la obra de inmediato, decorando el escudo con escenas urbanas y campestres labradas en plata, oro y piedras

preciosas. Al alba Tetis llevó su espléndido regalo a la choza de Aquiles. Este se lo puso encantado… y no tardó en hallarse hablando ante la asamblea general.

«Rey Agamenón —dijo— a ninguno de los dos nos ha beneficiado lo más mínimo nuestra reciente y desafortunada disputa a propósito de mi esclava. Los efectos han sido tan malos para ambos, que casi desearía que esta nunca hubiese sido capturada viva. Pero ¡ea!: lo pasado, pasado está. Y, como la herida de tu brazo te impide volver a la batalla, ¿por qué no me nombras de forma temporal comandante en jefe?»

Agamenón se avino. Admitió, de hecho, lo injusto del trato que había dispensado a Aquiles, aunque echó la culpa a las Parcas y a una oscura Furia llamada Perjuicio, quienes habrían cooperado para sacarlo de sus cabales[14].

Cuando Aquiles pidió permiso para avanzar de inmediato, Agamenón contestó: «Me temo que no puedo concederte esa gracia. Los hombres todavía no han desayunado. Pero, mientras se les prepara la comida, enviaré sirvientes a mi choza almacén para que traigan todos los tesoros que hace poco te ofrecí».

«No quiero tesoros —gritó Aquiles— y la sola idea de desayunar me da náuseas, con tantos muertos tirados por el campo.»

Así y todo, los sirvientes de Agamenón le llevaron los lingotes de oro, los calderos de tres patas, las marmitas, las esclavas —Briseida incluida— y los caballos de carreras. Briseida se lanzó sobre el cadáver de Patroclo, lamentándose ruidosamente y encomiando su amable y generosa naturaleza. «Siempre me prometía —dijo entre sollozos— que el príncipe Aquiles y yo nos casaríamos en Grecia apenas cayese Troya.» Parece que Aquiles había mantenido su amor por Políxena en secreto incluso ante Patroclo…

Siguió negándose a comer, pero Atenea le dio alimento divino embadurnando con néctar y ambrosía su piel, lo que le hizo sentirse tremendamente fuerte. Ambos ejércitos se extendieron entonces por el llano, donde el todopoderoso Zeus dio un cariz distinto a la batalla de aquel día al permitir a todos los dioses y diosas tomar parte y, si querían, luchar entre ellos. Eran cinco en cada bando: con el griego

Hera, Atenea, Poseidón, Hermes el heraldo y Hefesto el herrero; con el troyano Ares —el dios de la guerra—, Apolo, su hermana Ártemis la cazadora, su madre —la diosa Leto— y el dios fluvial Escamandro.

Cuando las líneas de guerreros colisionaron, Apolo evitó que Aquiles se enfrentara a Héctor. Fue hasta Eneas disfrazado y le recordó la bravata etílica que había soltado en un banquete reciente: «Estoy listo para desafiar al más valiente de los griegos. ¡Incluso al príncipe Aquiles!».

Eneas repuso: «Y así es la verdad. La última vez que coincidimos, yo estaba desarmado y era neutral; tuve que correr pasa salvar la vida. Además, Atenea me ayudó. Y ningún hombre sabio se opone a los dioses…».

Apolo le insufló valentía. «Estás bajo protección divina, Eneas —le dijo— y tu alcurnia es mucho mejor que la de Aquiles. Tetis, su madre, es una diosa marina cualquiera. Tu madre es Afrodita, respetada integrante del consejo olímpico de Zeus.»

Conque Eneas desafió a Aquiles, quien se limitó a mofarse de él, preguntando: «¿Estás haciendo por ganarte el favor del rey Príamo y por que te nombren su sucesor? ¿Por qué te engañas?». Como Eneas no le respondía, prosiguió: «Príamo tiene todavía varios hijos suyos propios. Nunca preferiría a un primo sobre un hijo. Hazme caso y retírate ileso». «Y tú fantaseas, supongo, con convertirte en el sucesor de Agamenón», gritó Eneas encolerizado.

Aquiles encontró nuevas lindezas con las que replicarle, pero al cabo Eneas consiguió refrenar de algún modo su ira y dijo: «¿Por qué seguimos haciéndonos los remolones y discutiendo como niños pequeños? Las palabras son baratas. Y los insultos. Si tuviéramos tiempo de sobra, podríamos intercambiar los suficientes para llenar una galera de doscientos remos. Yo he venido aquí a luchar, no a proferir malicias. ¡En guardia!».

La lanza que arrojó con todas sus fuerzas no hizo mella en el prodigioso escudo que había forjado Hefesto. La lanza de Aquiles, en cambio, atravesó limpiamente la parte superior del broquel de Eneas, hundiéndose en el suelo de detrás de este. Eneas echó mano de una enorme roca que, de haberla lanzado, habría simplemente rebotado al impactar contra la armadura divina. Poseidón sabía, sin

embargo, que el todopoderoso Zeus se pondría hecho una furia si moría Eneas, cuya vida él había decidido preservar por una serie de buenas razones. Ofuscó, así, los ojos de Aquiles con una bruma mágica y se llevó volando a Eneas muy por encima del campo de batalla, depositándolo de nuevo en tierra tras las líneas troyanas, donde su llegada supuso una gran sorpresa para algunas tropas aliadas que habían tardado en armarse. Aquiles, no menos sorprendido al comprobar que Eneas se había desvanecido, se encogió de hombros y fue en busca de Héctor. Atisbó al doceañero Polidoro, que era el hijo más joven —y predilecto— del rey Príamo. A pesar de las órdenes estrictas que le habían dado de evitar el peligro, el niño iba de aquí para allá entre la primera línea de combatientes. Aquiles le atravesó el cuerpo con una jabalina. Héctor, aunque Apolo le había advertido que eludiese la ira de Aquiles, experimentó tal rabia ante la muerte de su hermano pequeño, que corrió blandiendo vengativamente una larga lanza.

«¡Por fin nos encontramos!», exclamó Aquiles.

Héctor arrojó su lanza, pero una ráfaga de viento que envió Atenea hizo que el arma diese media vuelta y cayese a los pies del troyano. Cuando Aquiles echó a correr hacia él clamando venganza, Apolo envolvió a Héctor en otra densa bruma. Tres veces acometió Aquiles en vano a su invisible enemigo, tras lo que descargó su furia contra troyanos menores, bramando como un incendio en un bosque mientras estos se desbarataban y huían hacia el Escamandro. Allí los masacró a cientos en los bajíos y en hondonadas de la ribera del río. El dios fluvial Escamandro, furioso, se apareció en forma humana, gritando: «¡Largo de aquí!». Aquiles, lleno de rabia, dio un salto hasta el centro de la corriente y le rugió un desafío. Escamandro amontonó una gran masa de agua y la lanzó violentamente contra Aquiles, quien se aprestó para encajar el embate aferrándose a un olmo. Este fue arrancado de cuajo en seguida, pero Aquiles bregaba por arrastrarse hasta la ribera acosado por Escamandro, que había asumido la forma de una enhiesta ola verde. Se habría ahogado como una rata de no haberlo sacado del río Poseidón y Atenea, tirando cada uno de un brazo.

Escamandro y su compañero —el dios fluvial Simunte— persiguieron juntos a Aquiles mientras se apresuraba a salir, pero Hera ordenó a su hijo Hefesto que se les opusiera. Hefesto prendió en el llano un voraz fuego que incendió los olmos, los sauces, los tarayes, los juncos y la hierba de la ribera del río. Las aguas del Escamandro empezaron en seguida a hervir con tan fiero calor, que el dios fluvial se dirigió a Hera dolorido y aterrorizado. «¡Por favor, retira a tu hijo! —suplicó— Prometo no volver a ayudar a Troya nunca.» Hera hizo lo que le pedía y Aquiles prosiguió con su matanza de troyanos.

Habían llegado ya a las manos algunos dioses y diosas más. Ares atacó a Atenea, pero su lanza resultó inútil contra el escudo que le había prestado a la diosa el todopoderoso Zeus. Esta le arrojó entonces a la cabeza a él un enorme mojón de piedra negra, dejándolo fuera de combate. (El cuerpo caído de Ares cubría casi tres hectáreas de terreno.) Afrodita estaba ayudándole a incorporarse cuando Atenea, por orden de Hera, la derribó con un tremendo manotazo en el pecho.

Hermes no estaba dispuesto a luchar contra la diosa Leto, madre de Apolo y Ártemis. Respondió cortésmente a su invitación: «Señora, la victoria ya es vuestra». Poseidón retó entonces a Apolo a un combate singular, pero este también se negó. «¿Por qué íbamos a herirnos entre nosotros los dioses por causa de unos pocos desdichados mortales?», preguntó pausadamente. Ártemis la cazadora gritó a su hermano, llamándolo cobarde lamentable; pero Hera llegó corriendo, agarró ambas muñecas de Ártemis con una mano, le arrebató el arco y las flechas y le sacudió unos sonoros puñetazos en las orejas.

Aquiles entre tanto empujaba a los troyanos como un huracán hacia Troya, donde Príamo abrió todas las puertas para que pudiesen entrar. Tan solo Héctor se mantenía firme en su defensa de la puerta del oeste. Príamo lloraba y se mesaba los blancos cabellos, rogándole que entrara rápido para que no lo dejasen fuera. Héctor no le hizo caso y, cuando Aquiles se lanzó al ataque, se dio la vuelta y echó a correr a gran velocidad alrededor de las murallas —en la esperanza de que los troyanos dejasen caer pesadas piedras sobre

su perseguidor desde las almenas—, pero Aquiles le seguía demasiado de cerca y no tenían suficiente margen. La pareja rodeó Troya cuatro veces. Finalmente Atenea apareció junto a Héctor disfrazada del príncipe Deífobo —hermano de él— y le gritó: «¡Para, Héctor! Enfrentémonos juntos a Aquiles, dos contra uno».

Engañado por la diosa se detuvo, plantó cara y dijo tristemente: «Aquiles, como esto es un duelo a muerte, ambos debemos jurar que, quienquiera que mate y despoje al otro, enviará el cadáver a su gente para que le den sepelio digno».

La única respuesta de Aquiles fue el zumbido de una lanza. Héctor se agachó y arrojó la suya, que rebotó sin causar daño al impactar contra el escudo divino. Dijo volviendo la cabeza: «¡Corre, Deífobo! ¡Déjame la tuya!». Y, como no recibiera respuesta, comprendió que Atenea lo había engañado. Desenfundó su espada y cargó. Pero Atenea, manteniéndose invisible, le había devuelto su lanza a Aquiles. Este apuntó al cuello desnudo de Héctor y abatió a su enemigo.

«Respeta mi cadáver —susurró Héctor—. El rey Príamo pagará un noble rescate por él.» ¡Desvergonzado! —gritó Aquiles— Por el daño que me has infligido, dejaré que los cuervos te saquen los ojos y que los perros trituren tus huesos.»

De manera que Héctor murió. Aquiles despojó su cuerpo —dejándolo desnudo—, le atravesó la carne tras ambos tendones calcáneos, pasó por los cortes el cinturón recamado de Áyax, lo abrochó fijándolo a la parte trasera de su carro de guerra, arreó a los caballos y empezó a dar vueltas alrededor de las murallas de Troya arrastrando a Héctor. Príamo, Hécuba y Andrómaca presenciaban la escena desde arriba, sobrecogidos de horror.

De vuelta en el campamento, Aquiles erigió una pira de diez metros cuadrados para el cadáver de Patroclo, y allí sacrificó al fantasma de este un enorme rebaño de ovejas; también cuatro caballos, nueve perros podencos y doce prisioneros de guerra troyanos nobles a los que había reservado para ese destino. (El fuego iluminó muchos kilómetros del campo circundante.) Al día siguiente celebró unos juegos fúnebres en honor de Patroclo: una carrera de carros de guerra, un certamen de pugilato, otro de lucha,

una carrera a pie y una competición de lanzamiento de jabalina (todo con valiosos premios). Enloquecido aún por la aflicción, se levantaba cada día al alba para arrastrar tres veces el cadáver de Héctor alrededor de la tumba de Patroclo. Apolo se encargaba, sin embargo, de preservar el cuerpo delicadamente para que no se corrompiera o mutilase.

Finalmente el dios Hermes guio al rey Príamo hasta la choza de Aquiles bajo la cobertura de la oscuridad y ordenó a este aceptar un sustancioso rescate: el peso del cadáver en oro puro. A Príamo no le hacía gracia tener que abrazarse a las rodillas de su enemigo y besar las terribles manos que habían asesinado a tantos de sus hijos, pero se obligó a someterse a tal oprobio. Aquiles lo trató cortésmente e incluso elogió la valentía de que hacía gala entrando en el campamento enemigo de noche. Acordaron el rescate a pagar. Sin embargo, para entonces quedaba tan poco oro en el tesoro de Príamo que, cuando poco después se encontraron en el templo de Apolo, su hija Políxena hubo de equilibrar la balanza con su collar y sus pulseras.

Aquiles, impresionado por la solicitud de la hermana —y profundamente enamorado aún—, le dijo a Príamo: «Con gusto te cambio a tu hijo muerto por tu hija viva. Quédate este oro, dámela por esposa y, si luego le devuelves a Helena a Menelao, arreglaré una paz honorable entre nuestros pueblos».

Príamo repuso: «No. Coge el oro —como hemos acordado— y deja que me lleve el cuerpo de mi hijo. Pero estoy dispuesto a intercambiar una mujer viva por otra. Convence a tus camaradas de que dejen a Helena en Troya, y no te pediré nada por casarte con Políxena. Sin Helena estaríamos perdidos…».

Aquiles dijo que haría lo que pudiera.

X. El caballo de madera

La guerra siguió su curso. Llegaron en auxilio del rey Príamo nuevos aliados entre los que estaba la reina amazona Pentesilea de Armenia, quien mató al rey Macaón y en tres ocasiones ahuyentó al mismísimo Aquiles del campo de batalla. (Al cabo Aquiles la liquidó con ayuda de Atenea.) El negro Memnón, rey de Etiopía, dio cuenta de cientos de griegos —entre ellos el hijo mayor de Néstor— y estuvo a punto de incendiar las naves griegas, pero Áyax el Grande lo desafió a un duelo que Aquiles interrumpió de malos modos. Llegó corriendo y, haciendo caso omiso de Áyax, alanceó a Memnón e hizo retroceder una vez más a los troyanos.

Aquella resultaría ser la última victoria de Aquiles, porque, cuando esa misma noche se reunió en el templo de Apolo con Políxena —con quien se había citado discretamente—, esta le sonsacó su secreto clave. Políxena había jurado vengar a su adorado hermano Héctor, y no hay nada que una chica bonita no pueda hacer que un hombre le diga en prueba de su amor. Aquiles le reveló que, cuando Tetis lo sumergió de niño en la laguna Estigia para hacerlo invulnerable, lo mantuvo firmemente agarrado por el talón derecho, que quedó seco y desprotegido.

Volvieron a encontrarse al día siguiente en el mismo sitio para confirmar la promesa de él de que, tras casarse con Políxena, dispondría las cosas de manera que los griegos volvieran a casa sin Helena. El rey Príamo había insistido en que ofreciese un sacrificio a Apolo y prestase juramento ante el altar del dios. Aquiles llegó descalzo y desarmado, pero dos hijos de Príamo a los que este envió como representantes suyos habían urdido en secreto su asesinato. El príncipe Deífobo abrazó a Aquiles fingiendo amistad… y entonces Paris, que estaba oculto detrás de una columna, disparó a su talón.

La afilada flecha, guiada por Afrodita, lo hirió de muerte. Aunque Aquiles agarró tizones del altar e intentó vengarse golpeando a Paris y Deífobo, estos se fueron y mató tan solo a un par de sirvientes del templo.

Odiseo y Áyax el Grande, sospechando que Aquiles quería traicionar a los griegos, lo habían seguido hasta el templo furtivamente. Aquiles les hizo jurar, mientras moría en sus brazos, que, cuando Troya cayese, sacrificarían a Políxena sobre su tumba. Paris y Deífobo volvieron a por el cuerpo, pero Odiseo y Áyax los repelieron en un duro combate y pusieron el cadáver a buen recaudo en el campamento.

Agamenón, Menelao y el resto del consejo derramaron lágrimas en el funeral de Aquiles, aunque pocos fueron los soldados corrientes que lamentaron la muerte de tan manifiesto traidor. Sus cenizas se depositaron —mezcladas con las de Patroclo— en una urna de oro y se quemaron en un enhiesto túmulo a la entrada del Helesponto.

Tetis dispuso que las armas y la armadura de Aquiles fuesen para el griego más valiente que quedase ante Troya, y, para vergüenza de Agamenón —hacia quien ella sentía un profundo desprecio—, le nombró juez a él. Odiseo y Áyax el Grande, como habían triunfado en la defensa del cadáver de Aquiles frente a los troyanos, se optaron como rivales a aquel honor. Pero Agamenón tenía miedo de la cólera del que perdiese tan valioso premio y envió espías por la noche para que escuchasen bajo las murallas de Troya e informasen de qué pensaban al respecto los propios troyanos.

Los espías se acercaron sigilosamente… y en seguida un grupo de jóvenes troyanas se puso a hablar sobre ellos. Una elogió la valentía de Áyax al echarse el cadáver de Aquiles a los hombros y atravesar con él una lluvia de lanzas y flechas. Otra dijo: «¡Qué va! Odiseo se mostró, de lejos, más valiente. Hasta una joven esclava haría lo que Áyax hizo, si le dicen que tiene que cargar un cuerpo; pero ponle armas en las manos y jamás osará usarlas. Áyax usaba el cadáver de escudo mientras Odiseo mantenía a raya a nuestros hombres con la lanza y la espada».

Ante tan contundente informe, Agamenón concedió las armas a Odiseo. El consejo sabía que jamás habría preferido a este sobre Áyax el Grande de haber estado vivo Aquiles, quien tenía a su gallardo primo en la más alta estima. Además, los espías no entendían la lengua frigia y probablemente estuviesen siguiendo directrices de Odiseo. Solo que nadie se atrevía a decirlo…

Áyax, ciego de rabia, juró vengarse de Agamenón, de Menelao, de Odiseo y del resto de miembros del consejo. Aquella noche Atenea le hizo enloquecer y el hombre se lanzó pegando aullidos —espada en mano— contra los rebaños que había capturado en incursiones contra haciendas troyanas. Tras una matanza inmensa, encadenó entre sí a las ovejas y cabras supervivientes, las condujo hasta el campamento y prosiguió con su cruenta empresa. Escogió dos carneros, cortó la lengua del más grande —al que tomaba por Agamenón— y le cercenó la cabeza. Luego ató al otro del cuello a un pilar y lo azotó sin clemencia, cubriéndolo de improperios y gritando: «¡Toma esto —y esto, y esto—, Odiseo alevoso». Al cabo recobró el juicio y, experimentando una vergüenza espantosa, fijó en la tierra —apuntando hacia arriba— la espada que Héctor le había dado y saltó sobre ella. Sus últimas palabras fueron una plegaria a las Furias pidiendo venganza[15]. Odiseo tuvo la inteligencia de conjurar ese peligro presentando la armadura a Neoptólemo —el hijo de Aquiles—, quien tenía doce años y acababa de sumarse a las fuerzas griegas, pues, como su padre a la misma edad, ya se había desarrollado completamente. (Su madre fue una de las princesas entre las que Tetis había ocultado a Aquiles en Esciros.)

Calcante profetizó que Troya solamente podría ser tomada con ayuda del arco y las flechas de Heracles, que entonces pertenecían al rey Filoctetes. Odiseo y Diomedes zarparon para traer aquellas armas de la pequeña isla cercana a Lemnos en la que Filoctetes continuaba recluido. Aunque habían transcurrido nueve años, la herida hedía más que nunca y tampoco el dolor se había atenuado. Odiseo le robó el arco y las flechas con malas artes, pero Diomedes, que no deseaba verse envuelto en tan deshonroso asunto, hizo que le restituyese las armas y convenció a Filoctetes para que se

embarcara con ellos. Cuando arribaron a Troya, el hermano de Macaón le curó sirviéndose de hierbas analgésicas y de una piedra preciosa llamada «serpentina».

Apenas se hubo repuesto, Filoctetes desafió a Paris a un duelo con arco. Paris disparó primero y apuntó al corazón de su enemigo… pero la flecha no dio en el blanco. (Por intervención, naturalmente, de Atenea.) Filoctetes soltó entonces tres flechas en rápida sucesión. La primera atravesó la mano de Paris que sostenía el arco; la segunda le atravesó el ojo derecho y, la última, el tobillo. Salió de la lucha a trompicones y, aunque Menelao trató de capturarlo y terminar con él, logró llegar a Troya y morir en los brazos de Helena.

Ahora Helena era viuda, pero el rey Príamo seguía sin poder soportar la idea de devolvérsela a Menelao, y sus hijos se peleaban entre ellos porque todos querían ser su esposo. Ella entonces se acordó de que había sido la reina de Esparta y la mujer de Menelao. Una noche, un centinela la sorprendió cuando se disponía a descolgarse por las murallas con una cuerda, tras lo que Deífobo se casó con ella por la fuerza, acto que disgustó a toda la familia real.

Las disputas de celos entre los hijos de Príamo arreciaron tanto, que este envió a Antenor para que negociase la paz con los griegos. Pero Antenor no había perdonado a Deífobo por ayudar a Paris a asesinar a Aquiles nada menos que en el templo de Apolo, sacrilegio que Príamo dejó sin castigo. Dijo ante el consejo de Agamenón que traicionaría a Troya si después le hacían rey y le daban la mitad del botín. Según un antiguo oráculo —dijo—, Troya no caería mientras no se robara del templo de Atenea que había en la ciudadela el Paladio, una imagen de madera de la diosa —sin piernas— de algo más de un metro de alto. (Resulta que los griegos ya sabían de aquella profecía por Héleno, quien tenía unos celos locos del casamiento de Deífobo.) De manera que Antenor prometió entregar el Paladio cuando los dos favoritos de Atenea —Odiseo y Diomedes — entrasen en Troya por una vía secreta que él había de indicarles.

Aquella noche, Odiseo y Diomedes salieron juntos del campamento y, siguiendo las instrucciones de Antenor, retiraron un montón de piedras que había bajo la muralla del oeste. Encontraron que escondía la salida de un largo y amplio desaguadero de

alcantarillado que subía directo a la ciudadela. Téano, la esposa de Antenor, les advirtió sobre qué debían esperar: había drogado a los sirvientes del templo para que Diomedes y Odiseo no tuviesen ningún tipo de contratiempo una vez hubiesen culminado su arduo y repugnante ascenso. Para asegurarse de que los sirvientes no estaban fingiendo que dormían, les cortaron el cuello, tras lo que regresaron por el mismo camino. Téano les alargó el Paladio y colocó en su lugar una réplica.

Diomedes, como era de más rango que Odiseo, se encargó de llevar el Paladio, que se amarró a los hombros; pero Odiseo, que quería toda la gloria para sí, le dejó caminar el primero y luego, con sigilo, desenvainó la espada. Por una cresta del monte Ida asomó —grande y brillante— la luna, proyectando delante de Diomedes la sombra de la espada levantada de Odiseo. Diomedes se volvió, sacó a su vez su espada, desarmó a Odiseo, le ató las manos a la espalda y fue obligándole a avanzar a base de patadas y golpes. De vuelta en la choza del consejo, Odiseo protestó airadamente contra el trato que le había dispensado Diomedes. Aseguró que, si había desenvainado su espada, lo había hecho porque había oído a un troyano que los perseguía. Agamenón contaba demasiado con la ayuda de Odiseo como para no convenir en que Diomedes, en efecto, debía de haberse equivocado.

Entonces Atenea inspiró a Odiseo una estratagema con la que introducir hombres armados en Troya. Epeo el focio, el mejor carpintero del campamento —pero un cobarde asustadizo—, construyó, siguiendo sus directrices, un enorme caballo hueco de tablas de abeto. Tenía una trampilla camuflada en el flanco izquierdo, y en el derecho una frase grabada en grandes letras: «Con la esperanza agradecida de regresar con bien a sus hogares tras nueve años de ausencia, los griegos dedican esta ofrenda a Atenea». Odiseo entraría en el caballo por una escalera de cuerda seguido de Menelao, Diomedes, Neoptólemo —el hijo de Aquiles— y otros dieciocho voluntarios. Mediante súplicas, amenazas y dádivas, obligaron a Epeo a colocarse junto a la trampilla, que solo él sabía abrir rápidamente y sin hacer ruido.

Los griegos, tras recoger todo su equipo, prendieron fuego a las chozas, botaron las naves y se alejaron remando, pero se detuvieron del otro lado de la isla de Ténedos, donde no podían verlos desde Troya. Los compañeros de Odiseo ya llenaban el caballo y no quedó en el campamento más que un griego: Sinón, primo de Odiseo. Cuando, al alba, salieron unos exploradores troyanos, se encontraron el enhiesto caballo sobre las cenizas del campamento. Antenor no sabía nada sobre el caballo, por lo que no intervino; pero el rey Príamo y varios de sus hijos querían trasladarlo hasta el interior de la ciudad utilizando rodillos. Otros gritaban: «Atenea lleva demasiado tiempo favoreciendo a los griegos. Dejémosle hacer, con lo que es suyo, lo que ella quiera». Príamo no haría caso ni de las protestas de estos, ni de las apremiantes advertencias de Eneas.

El caballo había sido construido —a sabiendas— demasiado grande como para caber por las puertas de Troya y se atascó cuatro veces, incluso después de que hubiesen desmontado las puertas y retirado algunas piedras de la muralla en una de las jambas. Realizando extenuantes esfuerzos, los troyanos arrastraron aquella estructura hasta dentro de la ciudadela; pero al menos tomaron la precaución de reconstruir la muralla y volver a montar las puertas. Casandra, la hija de Príamo cuya maldición consistía en que ningún troyano tomase jamás sus profecías en serio, gritó: «Atentos. El caballo está lleno de hombres armados».

Entre tanto, dos soldados dieron con Sinón —que se escondía en una torreta junto a la puerta del campamento— y lo llevaron de inmediato al palacio real. Cuando el rey Príamo le preguntó por qué no se había marchado, contestó: «Tenía miedo de embarcarme en la misma nave que mi primo Odiseo. Lleva tiempo queriendo matarme… y ayer casi lo consigue».

«Pero ¿por qué iba a querer matarte a ti Odiseo?», preguntó Príamo. «Porque soy el único que sé cómo logró que lapidasen a Palamedes y no se fía de mi discreción. La flota habría zarpado hace un mes de no haber hecho tan mal tiempo. Calcante por supuesto profetizó —exactamente igual que en Áulide— que hacía falta un sacrificio humano, y Odiseo dijo: "Designa, por favor, la víctima". Calcante se negó a responder en el acto, pero a los pocos días —

sobornado, supongo, por Odiseo— me designó a mí. Apunto estaban de sacrificarme cuando se levantó un viento propicio, yo escapé aprovechando el alboroto y ellos partieron.»

Príamo dio crédito al relato de Sinón, liberó a este y le pidió una explicación sobre el caballo. «¿Recuerdas que dos sirvientes del templo aparecieron misteriosamente asesinados en la ciudadela? Aquello fue obra de Odiseo. Llegó de noche, drogó a las sacerdotisas y robó el Paladio. Si no me crees, examina bien lo que piensas que es el Paladio; verás que es solo una réplica. El robo de Odiseo enojó tanto a Atenea, que el auténtico Paladio —que habían escondido en la choza de Agamenón— empezó a sudar como advertencia de catástrofe. Calcante hizo que construyeran un enorme caballo en honor de la diosa y conminó a Agamenón a volver a casa.»

«Pero ¿por qué lo hicieron tan enorme?», preguntó Príamo.

«Para evitar que lo introdujeseis en la ciudad. Calcante profetizó que, si conseguíais hacerlo, en tal caso podríais reclutar una ingente expedición por toda el Asia Menor, invadir Grecia y saquear nada menos que Micenas, la ciudad de Agamenón.»

Un noble troyano llamado Laocoonte interrumpió a Sinón, gritando: «Rey señor mío, todo esto son, ciertamente, mentiras puestas en boca de Sinón por Odiseo. De lo contrario Agamenón habría dejado el Paladio aquí (igual que el caballo)». Añadió: «Y por cierto, mi señor: ¿puedo sugerir que sacrifiquemos un toro a Poseidón, a cuyo sacerdote lapidaste hace nueve años porque se negó a dar la bienvenida a la reina Helena?».

«No estoy de acuerdo contigo en lo del caballo —dijo Príamo—. Pero ahora que la guerra ha concluido, hagamos lo que haga falta para volver a ganarnos el favor de Poseidón. Bastante cruelmente nos trató mientras duró la contienda…»

Laocoonte fue a construir un altar cerca del campamento y eligió un toro joven y sano que sacrificar. Se disponía a abatirlo con su hacha cuando una pareja de descomunales monstruos salió del mar reptando y, enroscándose por los miembros de Laocoonte y de sus dos hijos que le estaban ayudando, les oprimieron hasta exprimirles la vida. Los monstruos se deslizaron entonces hasta la ciudadela, donde inclinaron sus cabezas en honor de Atenea, lo que Príamo por

desgracia interpretó como indicio de que Sinón había dicho la verdad, y de que a Laocoonte lo habían matado por contradecirle. Lo cierto era, sin embargo, que Poseidón había enviado aquellas bestias marinas a instancias de Atenea: para demostrar que odiaba a los troyanos tanto como ella.

Príamo dedicó el caballo a Atenea y, aunque Eneas sacó a sus hombres de Troya para ponerlos a salvo —sospechando de cualquier dádiva de los griegos y negándose a creer que la guerra hubiese llegado a su fin—, todos los demás empezaron a celebrar la victoria. Las mujeres troyanas se acercaron al Escamandro por vez primera en nueve años, cogiendo en su vega flores con las que decorar las crines del caballo de madera. También extendieron una alfombra de rosas en torno a sus pezuñas. En el palacio de Príamo se dispuso un tremendo banquete.

Entre tanto, dentro del caballo, pocos eran los griegos que podían dejar de temblar. Epeo lloraba en silencio, completamente aterrorizado; pero Odiseo mantenía pegada a sus costillas una espada que, si hubiese oído un suspiro apenas, habría usado para acabar con él. Aquella tarde, Helena salió a dar una vuelta y se acercó a mirar más de cerca el caballo. Se estiró para dar unas palmaditas en los costados de este y, como para divertir a Deífobo —que había salido con ella—, empezó a provocar a los guerreros escondidos imitando, una por una, las voces de todas sus esposas. Como no era troyana, sabía que lo que Casandra decía era siempre verdad; y también adivinó cuáles jefes griegos se habrían ofrecido voluntarios para aquella peligrosa misión. Diomedes y otros dos se sintieron tentados a contestar «¡Estoy aquí!» cuando oyeron pronunciar sus nombres, pero Odiseo los refrenó e incluso tuvo que estrangular a un hombre a tal efecto.

Extenuados por la bebida y por el baile, los troyanos cayeron en un sueño profundo y ni siquiera el ladrido de un perro quebrantaba el silencio. Únicamente Helena seguía despierta, escuchando. A medianoche, justo antes de que saliera la luna llena —la séptima del año—, Sinón se escabulló de la ciudad para encender una almenara sobre la tumba de Aquiles, y Antenor hizo señales con una antorcha desde las murallas. Agamenón, cuya nave fondeaba cerca de la

costa, respondió a aquellas señales encendiendo un brasero repleto de astillas de madera pino. Entonces toda la flota desembarcó silenciosamente.

Antenor fue de puntillas hasta el caballo de madera y dijo con voz queda: «Todo en orden. Podéis salir». Epeo destrabó la trampilla con tal sigilo, que alguien se cayó por ella y se rompió el cuello. (Los demás bajaron por la escalera de cuerda.) Dos hombres fueron a abrir las puertas de la ciudad a Agamenón, otros asesinaban a los centinelas dormidos… pero Menelao no podía dejar de pensar en Helena y, seguido por Odiseo, corrió a toda velocidad hacia la casa de Deífobo.

XI. El saqueo de Troya

Odiseo se había comprometido a respetar las vidas de cuantos troyanos no opusieran resistencia, pero sus compañeros, aunque no tocaron la mansión de Antenor —en cuya puerta habían dibujado con tiza el motivo de una piel de leopardo—, irrumpieron sin ruido en el resto de casas y acuchillaron a sus moradores mientras dormían. (Las tropas de Agamenón siguieron su ejemplo.) Hécuba y su hija buscaron refugio junto a un laurel sagrado que dominaba el altar del todopoderoso Zeus[16]. Sujetaban bien del brazo al anciano Príamo para evitar que luchara. No fue hasta que Neoptólemo llegó corriendo y masacró al hijo más joven de ambos —salpicando el altar de sangre—, cuando Príamo se zafó y agarró una lanza[17]. Neoptólemo lo alanceó en el acto y arrastró su cadáver decapitado hasta la tumba de Aquiles, donde dejó que se pudriera insepulto.

El príncipe Deífobo, que era un magnífico espadachín, luchaba por su vida contra Odiseo y Menelao en las escaleras de su palacio… y habría matado a ambos si Helena no se hubiese acercado sigilosamente, apuñalando a su odiado marido entre los hombros. Menelao, aunque tenía intención de cortarle el cuello a Helena, se dio cuenta de que esta todavía le quería y, enfundando su espada, la llevó al resguardo de las naves.

Casandra estaba en el templo de Atenea, abrazada a la réplica de madera del Paladio sustraído. Áyax el Menor la agarró del pelo, gritando: «¡Ven, esclava!». Pero ella se aferraba con tal fuerza a la imagen, que Áyax tuvo que llevársela junto con esta. Ya más avanzado el día, Agamenón reclamó a Casandra como premio de honor y Odiseo, para complacerle, hizo correr la historia de que Áyax el Menor había insultado indecentemente a Atenea maltratando a su sacerdotisa. Para evitar morir lapidado como Palamedes, Áyax el

Menor buscó amparo precisamente en el altar de Atenea y juró que Odiseo estaba mintiendo una vez más. Pero la propia Atenea se encargó de castigar la violencia de Áyax el Menor, pues, cuando su nave se fue a pique en la travesía de regreso a casa, ella le pidió a Zeus uno de sus rayos y lo mató lanzándoselo mientras salía a rastras del mar.

La gente de Agamenón estuvo saqueando Troya durante tres días con sus noches. Luego repartieron los despojos, incendiaron las casas, demolieron las murallas y sacrificaron una cantidad ingente de reses y ovejas a los dioses olímpicos. Andrómaca había sido entregada como esclava a Neoptólemo —el hijo de Aquiles—, y el consejo deliberó sobre qué hacer con el joven Escamandrio[18]. Odiseo recomendó el exterminio de todos los descendientes de Príamo, aduciendo que Heracles había hecho posible la guerra de Troya por su absurda idea de perdonar la vida a Príamo cuando tenía la misma edad, ante lo que Calcante se apresuró a profetizar que Escamandrio vengaría, si lo dejaban vivo, a su padre y a su abuelo. Como todos los demás se arredraban ante tamaña atrocidad, Odiseo precipitó con frialdad al niño por la muralla.

El consejo deliberó también sobre el destino de Políxena. A juicio de Calcante había que sacrificarla sobre la tumba de Aquiles, cumpliendo el deseo que este expresó al morir. Agamenón protestó: «Bastante sangre ha sido ya vertida; sangre de ancianos y de niños pequeños, así como de combatientes. Los príncipes muertos no tienen, por muy grande que sea su renombre, derechos sobre los vivos». Pero los dos miembros del consejo griego que no habían recibido todo el tesoro que esperaban en el reparto del botín gritaron que Agamenón decía aquello nada más que para complacer a Casandra —que era hermana de Políxena— y hacer de ella una prisionera más dócil.

Al término de una acalorada discusión, Odiseo obligó a Agamenón a ceder. Y, así, Políxena fue sacrificada sobre la tumba de Aquiles en presencia del ejército al completo. El joven Neopólemo la decapitó con un hacha. «Ojalá encuentres el mismo destino que yo», fueron sus últimas palabras.

Se alzaron vientos favorables y la flota griega no tardó en estar lista para partir. «Zarpemos pues, ahora que sopla la brisa», gritó Melenao.

«No, no —dijo Agamenón—. Primero debemos ofrendar sacrificios a Atenea.»

«Nada le debo yo a la diosa —refunfuñó Menelao—. Demasiado tiempo estuvo defendiendo a la ciudadela troyana de nosotros.»

Los hermanos se separaron en malos términos y no volvieron a verse nunca.

Faltaba asesinar a Polidoro, a quien Hécuba había alumbrado en su ancianidad y había puesto a salvo, unos años antes, enviándolo a Tracia, donde el rey Polimestor lo crio como si fuera su hijo[19]. Los enviados de Agamenón requerían ahora a Polimestor que matara al muchacho, ofreciéndole a cambio una enorme suma en oro y la mano de Electra, hija de Agamenón. Polimestor, temiendo que una negativa tuviera efectos desastrosos, aceptó el oro, pero, en vez de quebrantar la fe debida a Hécuba y Príamo, mató a su propio hijo —compañero de juegos de Polidoro— en presencia de los enviados. Viendo al rey y a la reina sumidos en la aflicción —y desconociendo el secreto de su propio nacimiento—, Polidoro quedó tan confuso por aquel asesinato, que fue a consultar al oráculo de Delfos. Le preguntó a la sacerdotisa de Apolo: «¿Qué turba a mis padres?». La sacerdotisa respondió: «¿Por qué no estás turbado tú? ¿Es acaso poca cosa que tu ciudad haya sido incendiada, tu padre dejado insepulto y tu madre hecha esclava?». Polidoro regresó angustiado a Tracia, donde encontró que nada había cambiado desde su partida. «¿Puede estar equivocado Apolo?», se preguntó. Entonces la reina le dijo quiénes eran realmente sus padres.

A Hécuba la había hecho su esclava, efectivamente, Odiseo. El cual se disponía a zarpar llevándola consigo… pero ella soltó tal sarta de terribles maldiciones contra él y contra el resto de crueles, mendaces y alevosos jefes griegos, que decidió matarla. Hécuba, sin embargo, se transformó mediante magia en una espantosa perra negra y se puso a correr de un lado a otro lanzando unos aullidos tan siniestros, que todos huyeron aterrorizados.

Antenor no llegó a convertirse en rey de Troya —como le habían prometido—, ni recibió ninguna parte del botín; pero Menelao tuvo el detalle de embarcarlo en su nave junto con su esposa —Téano— y los cuatro hijos de ambos que habían sobrevivido. Se establecieron primero en el norte de África, luego en Tracia, y finalmente colonizaron las islas de Henética (la actual Venecia). Antenor también fundó la ciudad de Padua. El otro héroe troyano que logró escapar fue Eneas: desde Dárdano, su ciudad —próxima al monte Ida—, había visto a lo lejos las llamas de Troya y, cruzando el Helesponto, se refugió en Tracia. Los romanos dicen que sus andanzas terminaron llevándole a Italia y que allí se convirtió en ancestro de Julio César…

Troya perdió su importancia desde que los griegos estuvieron por fin en condiciones de acceder libremente al mar Negro y comerciar con Oriente. Algunas gentes sin tierras ni casa se establecieron en las ruinas de la ciudad. Los gobernaba Ascanio, nieto de Eneas; pero era un reino pobre. Y una generación después, Zeus le tomó la palabra a Hera y destruyó las tres ciudades que ella más quería: Argos, Micenas y Esparta[20].

Calcante viajó hacia el sur por el Asia Menor hasta Colofón, donde murió —como un oráculo le había advertido— al encontrar a un rival capaz de predecir el futuro mejor que él. (Era Mopso, hijo de Apolo.) En Colofón crecía una gran higuera y Calcante intentó avergonzar a Mopso planteándole un desafío: «¿A lo mejor puedes decirme, querido colega profeta, cuántos higos crecen en ese árbol?». Mopso, tras cerrar los ojos —pues confiaba, más que en el cálculo, en su visión interior—, repuso: «Cómo no. Primero diez mil higos, después una fanega de higos conforme a la medida vigente en Egina —realizando el pesaje con esmero—, y luego sobra un higo, claro». Calcante se rio con desdén de lo del higo de sobra, pero, cuando hubieron despojado el árbol —y pesado y contado los frutos—, resultó que Mopso había acertado de lleno. «Para pasar de los millares a cantidades menores, querido colega profeta —dijo Mopso —, ¿a lo mejor puedes decirme cuántos lechones parirá esa marrana gorda, y cuándo nacerán y de qué sexo van a ser?»

«Ocho lechones, todos machos. Y los tendrá dentro de nueve días», repuso Calcante al azar, esperando haberse ido de Colofón antes de que su vaticinio pudiera verificarse.

«Yo creo que te equivocas —dijo Mopso (de nuevo tras cerrar los ojos)—. Yo profetizo que no tendrá más de tres lechones —solo uno de ellos macho— y que nacerán a medianoche mañana, ni un minuto antes.»

Mopso acertó y Calcante murió de vergüenza: castigo de Apolo por tantos malos vaticinios como había hecho para complacer a Agamenón y Odiseo…

XII. Los griegos vuelven a casa

Los griegos que zarparon habían suscitado la cólera de tantos dioses y diosas poderosos, que en seguida habrían preferido, puestos a elegir, volver a encontrarse ante Troya. Menelao, cogido en una tempestad que envió Atenea para castigarlo por haberla insultado[21], perdió la totalidad de la gran flota espartana salvo cinco naves. Estas fueron arrastradas por los vientos hasta Creta, y de Creta a Egipto. Terminó pasando ocho años en aguas meridionales, porque, cada vez que intentaba zarpar con rumbo a casa, una nueva tempestad volvía a arrastrar sus naves a tierra. Así y todo, Atenea le permitió visitar Chipre, Fenicia, Etiopía y Libia, donde, por causa de Helena, fue recibido hospitalariamente en todas las cortes reales. Helena, aunque había rebasado con creces la edad fértil, seguía dejando boquiabiertos a cuantos ponían sus ojos en ella…

Los dieciocho años que llevaba ausente de Esparta entumecían el corazón de Menelao, pero al cabo desembarcó en la isla egipcia de Faro y allí supo que su única esperanza de volver consistía en capturar a Proteo —un dios marino profeta que pastoreaba una gran manada de focas— y pedirle su parecer. Con tres amigos mató, por tanto, a tres de las miles de focas que abarrotaban aquella playa y, tras desollarlas, se cubrieron con sus pieles y se escondieron entre las demás. Cuando, al rato, Proteo salió del mar y, sin sospechar nada, se tumbó a echarse una siesta junto a ellos, se apresuraron a encadenarlo. Él entonces asumió diversas formas —león, serpiente, pantera, jabalí, flujo de agua y arbusto frondoso—, pero no logró zafarse. «¡Habla! —le ordenó Menelao—. Dime cómo romper el conjuro que nos impide volver al hogar.» «¿Has probado a ofrendar sacrificios a Atenea?», preguntó Proteo. Por alguna razón, eso a Menelao jamás se le había ocurrido. Zarpó para Egipto e hizo como

Proteo le había indicado. Al punto empezaron a soplar vientos propicios… y Menelao llegaba a Esparta sin contratiempo diez días después.

Recordará el lector cómo había vengado Nauplio el asesinato de su hijo Palamedes: fue por Grecia advirtiendo a las esposas de los enemigos de este que sus maridos planeaban divorciarse de ellas y casarse con adorables cautivas troyanas. La mayoría de aquellas reinas creyeron a Nauplio y buscaron amantes que se hicieran con el trono y las protegiesen de tamaña afrenta. Cuando Agamenón llegó a Micenas —rescatado por Atenea de una tempestad que hundió la mitad de su flota—, Clitemnestra le brindó el recibimiento debido a un héroe conquistador. Se había enterado con bastante antelación de que regresaba, pues Agamenón había dispuesto que encendería una almenara en el monte Ida en cuanto Troya cayese, y que toda una cadena de almenaras llevase la noticia hasta Micenas vía Lemnos y Tracia.

Clitemnestra pensó que Casandra —que iba en el séquito de Agamenón— iba a ser la nueva reina de este. Desenrolló una alfombra púrpura y condujo a Agamenón hasta un lujoso pabellón de baño ubicado en medio del patio del palacio, donde unas esclavas estaban preparando agua caliente. Pero Casandra se negó a entrar al patio, cayendo en un trance profético y gritando: «¡Huelo a sangre! ¡Huelo a sangre!». Tras un placentero baño, Agamenón sacó un pie de la bañera y Clitemnestra le ofreció una manzana. Él se la llevó a los labios; ella le lanzó una red sobre la cabeza; él bregó por liberarse. Entonces Egisto —el amante de Clitemnestra— se acercó con sigilo espada en mano y le dio dos tajos entre el cuello y el hombro. Agamenón cayó de espaldas en la bañera, donde Clitemnestra le cortó la cabeza con un hacha. Entonces salió corriendo e hizo lo mismo con Casandra.

Los griegos que volvían a casa atacaron a los guardias de Egisto, pero, al término de una lucha encarnizada, ninguno quedó vivo. El extraño fin de Agamenón cumplía un vaticinio del que Clitemnestra estaba al tanto: que no moriría ni dentro, ni fuera del palacio (el pabellón de baño del patio verificaba esta parte de la profecía); ni en el agua, ni en tierra (tenía un pie en la bañera, y el otro en el suelo);

ni vestido, ni desvestido (aunque la red no era ropa, cubría su cuerpo); ni dándose un festín, ni ayunando (se había llevado una manzana a los labios, pero no llegó a comérsela).

Egisto mató a dos de los tres hijos que Agamenón había tenido con Clitemnestra. El tercero sobrevivió; era Orestes —de diez años —, al que rescató una nodriza de noble corazón. La mujer acostó a su propio hijo en el cuarto de los niños de la familia real y dejó que Egisto lo asfixiara con las sábanas. A Orestes lo sacó entre tanto del palacio —a hurtadillas— su hermana Electra, y un bondadoso amigo de la familia que reinaba cerca de Delfos lo adoptó. Egisto gobernó en Micenas siete años. Habría matado también a Electra —por temor a que se casara con algún rey y un día les dijera a sus hijos que vengasen la muerte de su insigne abuelo—, pero Clitemnestra detuvo a Egisto: «No —le dijo—, mejor la casaré con un campesino y la mantendré vigilada». Y así se hizo. Electra, sin embargo, solía enviar a Orestes mensajes secretos en los que le recordaba su deber de asesinar a Egisto.

Cuando tenía diecisiete años, Orestes consultó al oráculo de Delfos. La sacerdotisa respondió que, como no hiciera lo que su hermana le pedía, Apolo lo convertiría en un leproso. No obstante, le recomendaba extremar la cautela. De manera que Orestes fue con su amigo Pílades al palacio de Micenas haciéndose pasar por un buhonero y le dijo a Egisto que, en el camino de Delfos, un desconocido le había dado malas noticias para la reina Clitemnestra: su hijo Orestes había muerto de unas fiebres. «El hombre que me lo contó —dijo Orestes— llegará en seguida, trayendo las cenizas en una urna de bronce.» Ni Clitemnestra, ni Egisto, reconocieron a Orestes; y, media hora después, llegaba Pílades y les hacía entrega de una urna de bronce que supuestamente contenía las cenizas. Sintieron gran alivio de estar a salvo de la venganza. Pero, mientras los cuatro conversaban, Orestes sacó su espada y mató a Egisto. Según algunas versiones, también mató a Clitemnestra. La verdad parece ser, sin embargo, que se limitó a llevarla ante un tribunal de justicia y que, cuando la sentenciaron a muerte, se excusó por no pedir que la indultasen, como podría haber hecho como el gran rey de Grecia que ahora era.

El rey Idomeneo tuvo un lamentable regreso a Creta. Su esposa, la reina Meda, había escogido a un tal Leuco como amante. Este Leuco usurpó el trono, pero entonces mató a Meda y a casi toda su familia, arguyendo que, si la reina había podido traicionar a Idomeneo, también podría traicionarlo a él. Solo la hija menor de Meda logró escapar a una parte agreste de la isla a la que, de hecho, fue arrastrada por una tempestad la pequeña flota de Idomeneo. Este había hecho voto a Poseidón de que, si llegaba con bien a tierra, le sacrificaría la primera criatura viviente que encontrara. Tal criatura resultó ser su propia hija, e Idomeneo estaba a punto de cumplir su voto… cuando se declaró la peste entre sus hombres y él depuso el hacha. Leuco, al enterarse de la historia, culpó a Idomeneo no solo de quebrantar su promesa, sino también de provocar la peste. Idomeneo, proscrito de Creta, emigró a Calabria —en el sur de Italia—, donde murió unos años después. El rey Diomedes, llegando a Argos con una veintena o dos de seguidores, supo que también su esposa le había sido infiel y que su amante había usurpado el trono. Expulsado por sus antiguos súbditos, siguió a Idomeneo a Italia y construyó la famosa ciudad de Brundisium (la actual Bríndisi).

Según la versión más antigua, peor aún fue la suerte de Odiseo, quien merecía un castigo de lejos más duro que el resto de los jefes griegos. De vuelta en Ítaca tras una calamitosa travesía de diez años, se encontró con que su esposa Penélope tenía no uno, sino cincuenta amantes. Consternado, marchó a Etolia, donde pasó otros diez años de penalidades. Cuando al cabo regresó, su hijo Telémaco pensó que era un pirata y, cuando saltó a tierra, lo atravesó con una lanza cuya punta era el aguijón de una mantarraya.

Teucro el arquero logró volver sin contratiempo a Salamina con su pequeña flota, pero el anciano rey Telamón dispuso en la playa un ejército y no le permitió desembarcar. «¿Por qué no has vengado a tu glorioso hermano Áyax matando a Agamenón y a Odiseo —le preguntó severamente—. ¿Por qué no me has traído, por lo menos, los huesos de mi hijo?» Teucro no pudo responder sino encogiéndose de hombros y, así, a pesar de las lágrimas y protestas de Hesíone —su madre—, fue obligado a zarpar de nuevo. Chipre

parecía un lugar adecuado para exiliarse, y efectivamente allí lo recibieron mejor. Tras casarse con la hija del rey, fundó una nueva ciudad —también llamada Salamina— y jamás volvió a casa, ni siquiera para las exequias de Telamón.

Neoptólemo llegó con bien a Ftía, tras lo que se convirtió en el marido de Hermíone, la hija que Helena había tenido con Menelao. Fue lo bastante temerario, sin embargo, como para hacer una visita a Delfos y allí acusar a Apolo de haberse disfrazado de Paris y disparar a su padre (a Aquiles). Cuando la sacerdotisa negó con frialdad que aquella acusación fuese cierta, Neoptólemo saqueó e incendió el templo. Reapareció por allí unos años después; ahora acusaba a Apolo de hacer a Hermíone estéril. La sacerdotisa le ordenó sacrificar alguna pingüe res al dios. Neoptólemo obedeció… pero, cuando el sirviente del templo empezó a tirar del animal para llevárselo, él lo detuvo y se quedó con la bestia. «¿Quién va a vengar a Políxena y a liberarnos, a nosotros, de este enojoso joven?», exclamó la sacerdotisa. «Cuenta conmigo», respondió el sirviente del templo. Abatió a Neoptólemo con el hacha sacrificial y enterró su cuerpo bajo el umbral del recién reconstruido templo de Apolo. Políxena quedaba, con ello, vengada[22].

Según otra versión, Orestes sobornó a los delfios para que matasen a Neoptólemo, porque, ya antes de que Menelao marchase a Troya, le habían prometido que sería él quien se casara con Hermíone. Es posible que también haya verdad en esta historia…

El único jefe griego que no pudo lamentar su vuelta a casa fue el rey Néstor. No había tenido parte activa en la guerra de Troya —por ser ya demasiado veterano como para poder hacer más que recorrer el campo de batalla en su carro dando voces—, y aunque en general sus consejos resultaron malos, no había quebrantado ningún juramento, no había engañado a ningún amigo y no había cometido ningún asesinato. Encontró todo en orden en la arenosa Pilos y disfrutó de una plácida vejez rodeado de valientes y dóciles hijos que escuchaban atentos mientras él contaba y volvía a contar historias de sus gestas en campañas olvidadas hacía ya mucho tiempo.

XIII. Las andanzas de Odiseo

Según la *Odisea* —poema que muestra a Odiseo bajo una luz distinta—, este puso rumbo a Tracia cuando zarpó de Troya. Allí saqueó e incendió la ciudad portuaria de Ísmaro. Un sacerdote de Apolo cuya vida se comprometió a respetar le dio, agradecido, varias ánforas de vino dulce, la mitad de las cuales sus hombres se bebieron alegremente en la playa. Unos tracios que vivían en el interior vieron las llamas que se alzaban desde Ísmaro, bajaron y cargaron, en venganza, contra aquellos marineros borrachos. Odiseo volvió a embarcar a la mayoría, pero tuvo que abandonar a los muertos y a los heridos de gravedad. Un feroz temporal de componente nordeste arrastró entonces su flota por el mar Egeo hacia Citera, isla del extremo meridional de Grecia. Aprovechando una súbita calma, puso a sus hombres a remar y trató de rodear Citera y poner rumbo al noroeste —hacia Ítaca—, pero el temporal arreció todavía con más fuerza y duró nueve días. Cuando por fin amainó, Odiseo atisbó Siringe, la isla de los lotófagos[23], frente a la costa norteafricana.

El loto es una baya dulce, sin hueso y amarilla; bastante saludable… si no fuera porque hace que, cuantos la ingieren, pierdan la memoria. Odiseo desembarcó en Siringe y, mientras llenaba las ánforas de agua, mandó a tres exploradores para ver qué comida podían comprar o arrebatar. Los exploradores, tras comer varios lotos que les ofrecieron unos amables nativos, olvidaron de inmediato quiénes eran y qué hacían allí (incluso cómo se llamaban). Tras esperar unas horas, Odiseo marchó al frente de una partida de rescate y se llevó de vuelta a los exploradores encadenados. A estos nada les habría gustado más que pasar el resto de sus vidas allí, comiendo lotos…

Odiseo puso rumbo al norte hasta que llegó a la fértil, pero deshabitada isla de Sicilia, llena de cabras salvajes (a algunas de las cuales asaeteó para comérselas). Luego cogió una sola nave para explorar la costa opuesta. Este era el territorio de los feroces cíclopes —que significa «ojos redondos»—, así llamados porque tenían, en efecto, un ojo redondo en mitad de la frente. Los cíclopes eran pastores gigantescos que vivían hurañamente apartados los unos de los otros en cavernas rocosas. Odiseo y sus camaradas vieron el alto acceso de una de aquellas cuevas —cubierto de hiedra— tras un gran redil ovino. Entraron sin saber que aquella era la morada de Polifemo, un cíclope antropófago[24]. No hallando a nadie en el lugar, encendieron un fuego, mataron y asaron a varios cabritos que aparecieron por allí, se sirvieron queso de cestas que colgaban de los muros y se pusieron a comer alegremente. Hacia el final de la tarde, llegó Polifemo. Introdujo su rebaño en la caverna y cerró la boca de esta con una piedra tan enorme, que treinta yuntas de bueyes apenas la hubiesen podido mover. A los pocos minutos —cuando estaba ya sentado ordeñando sus ovejas y cabras—, Polifemo alzó la vista y vio a Odiseo. «Y tú, ¿qué haces aquí?», le preguntó con aspereza. «Somos griegos. Acabamos de tomar parte en el famoso saqueo de Troya —respondió Odiseo— y confiamos en tu hospitalidad.»

Polifemo entonces agarró a dos marineros, les aplastó la cabeza contra el rocoso suelo y se los comió crudos. Odiseo se abstuvo de atacar al monstruo: teniendo en cuenta que él y sus compañeros no eran, ni de lejos, lo bastante fuertes como para desbloquear la entrada, difícilmente podían esperar salir de allí matándolo. A la hora del desayuno, Polifemo se comió a otros dos marineros, tras lo que apartó la piedra, sacó su rebaño y colocó la piedra de nuevo en su sitio.

Odiseo encontró una estaca de olivo, le afiló un extremo con su espada y la escondió bajo un montón de excrementos de oveja. Al regresar por la tarde, Polifemo volvió a comerse a otros dos marineros. Odiseo, que había traído de la nave un odre de vino, le ofreció un trago. El monstruo bebió con avidez —jamás había

probado el vino antes— y pidió otro vaso. «Cómo te llamas», le preguntó. «Me llamo Nadie», contestó Odiseo mientras le servía el vino. «Pues te prometo que a ti te voy a comer el último, querido Nadie. Me gusta tu vino. La próxima vez, dame el doble.»

En seguida cayó en un sueño etílico. Odiseo prendió fuego al extremo afilado de la estaca y se la clavó en el ojo a Polifemo, haciéndola girar. El ojo hervía, Polifemo gritaba y todos los otros cíclopes, oyendo el alboroto, se congregaron a la puerta de su cueva. «¿Qué sucede, vecino?», le gritaron.

«¡Socorro! ¡Estoy ciego y me muero! ¡Nadie tiene la culpa! ¡Nadie!», les gritó él.

«¡Pobrecillo! Si nadie tiene la culpa, nada cabe añadir. Adiós y, por favor, haz menos ruido.»

Polifemo se arrastró hasta la boca de la cueva y buscó a tientas en la esperanza de agarrar a un marinero o dos, pero la luz del fuego ayudaba a estos a esquivarle. Al amanecer, Odiseo fue atando a cada uno de sus compañeros —boca arriba— a la barriga de una oveja, colocada cada una de estas entre otras dos. «Mantened a las otras alineadas agarrándolas bien del vellocino», les dijo. Odiseo eligió para sí el carnero más grande de todos y, cuando Polifemo sacó al rebaño para que paciera —pasando la mano por el lomo de los animales para asegurarse de que nadie fuese montado a horcajadas sobre ellos—, él se acurrucó bajo dicho carnero, aferrándose con los dedos de las manos y de los pies. Polifemo detuvo al carnero grande y se puso a hablar larga y tristemente con él, sin advertir cuán cerca estaba su enemigo. De manera que Odiseo y los marineros supervivientes escaparon y subieron a la nave el rebaño entero. Cuando zarparon —y empezaron a mofarse de Polifemo a gritos—, este les arrojó tres rocas inmensas, pero ninguna dio en el blanco.

Odiseo entonces navegó —dejando atrás Sicilia— hasta la isla del rey Éolo, divino guardián de los vientos. Allí fue objeto, durante un mes, de una noble acogida, tras lo que Éolo le entregó un odre cuyo cuello aseguraba un cable argénteo. «En esta bolsa tengo aprisionados a todos mis vientos —le dijo—, con la excepción del suave viento occidental. Este te irá empujando por el mar hacia

Ítaca. Pero, si tienes que cambiar de rumbo, abre la bolsa con cuidado y llama al viento que sea que necesites.»

La nave había llegado tan cerca de Ítaca que podía verse el humo de los fuegos del palacio real… cuando Odiseo se quedó dormido. (Estaba completamente exhausto.) Sus hombres, creyendo que en el odre había vino, desataron el cable de plata y abrieron la bolsa de golpe. Los vientos salieron bramando al unísono y arrastraron consigo la nave. En menos de una hora, Odiseo se encontraba nuevamente en la isla del rey Éolo, disculpándose ante este y pidiéndole que le ayudase otra vez. Éolo se negó. «Usa los remos», exclamó desabridamente.

Los hombres de Odiseo se pusieron a remar y, al otro día, llegaban a Formias, resguardado puerto italiano habitado por la estirpe caníbal de los lestrigones. Odiseo varó su flota en la playa y mandó a algunos marineros a buscar agua. Pero los lestrigones, congregándose en el anillo de acantilados que dominaba el puerto, se pusieron a lanzar rocas que hicieron trizas las naves. Después asesinaron y se comieron a las tripulaciones. Odiseo escapó con una única embarcación.

Una feroz tempestad de componente sur lo arrastró hasta el confín septentrional del Adriático y arribó a Eea, pequeña isla en la que gobernaba la diosa Circe. Cuando Euríloco —amigo de Odiseo— desembarcó al frente de una partida de veintidós hombres, Circe invitó a todos a su palacio. Por el jardín rondaban lobos y leones. Aquellas bestias, para sorpresa de Euríloco, en vez de atacar a los marineros se erguían sobre sus patas traseras y los acariciaban cariñosamente.

Circe ofreció a sus visitantes un espléndido banquete consistente en queso, pan de cebada, miel y vino… pero había añadido a los alimentos cierta droga. Cuando hubieron comido unos pocos bocados, ella les dio en el hombro con su varita. Se convirtieron en cerdos y los encerró en una sucia pocilga, tras lo que les echó de postre bellotas. (Los leones y los lobos también eran hombres que habían sido hechizados del mismo modo.) Solamente consiguió escapar Euríloco, que se temía una trampa y, en lugar de entrar en el palacio, se quedó espiando por una ventana.

Odiseo echó mano de su espada y corrió a rescatarlos. De camino se encontró con Hermes, quien tuvo la fineza de darle un conjuro contra la magia de Circe: una olorosísima flor blanca —con raíz negra— llamada «moli»[25].

Circe puso el mismo tipo de comida ante Odiseo, pero, cuando lo fue a tocar su varita para transformarlo, él olió aquella flor, quedó indemne y la amenazó con cercenarle la cabeza. (Circe cayó llorando a sus pies.) Odiseo le perdonó la vida a condición de que restituyese a todos los animales su forma humana y no volviera a usar tan malvados hechizos nunca. Hicieron muy buenas migas y pasaron tres años juntos como pareja.

Circe ayudó a Odiseo a visitar el inframundo, donde intercambió noticias con los fantasmas de Agamenón, Aquiles y otros antiguos camaradas. (Áyax el Grande fue el único que frunció el ceño y se marchó enojado.) Luego Odiseo se despidió de Circe —prometiéndole que volvería pronto— y zarpó con rumbo al sur: hacia Ítaca. Circe le había prevenido sobre la isla de las Sirenas. Las sirenas eran mitad pájaros, mitad mujeres, y cantaban tan maravillosamente que los marineros que oían sus voces trataban siempre de virar hacia ellas… pero hacían zozobrar sus naves en los bajíos rocosos que guardaban la costa. Odiseo, aunque taponó los oídos de sus marineros con cera e hizo que a él lo atasen firmemente al mástil, oyó los cantos de las sirenas cuando la nave pasó por allí. «Soltadme —gritó— u os mato a todos.» Los marineros, como no oían ni a las sirenas ni a Odiseo, obedecieron sus anteriores órdenes y lo ataron al mástil más fuerte todavía. De manera que la nave escapó del desastre y las sirenas, no pudiendo soportar aquello, se suicidaron.

A continuación Odiseo tuvo que guiar su nave entre dos abruptos acantilados que separaban Italia y Sicilia. Del lado siciliano vivía Caribdis, un monstruo que, tres veces al día, absorbía ingentes masas de agua las cuales luego escupía repentinamente a modo de remolino. Del lado italiano vivía Escila, una perra de seis cabezas que se comía a los marineros. Pasando junto a ella con la mayor precaución posible —para evitar el peligro aún peor que Caribdis

suponía—, Odiseo perdió una cuarta parte de su tripulación: Escila alargó sus cabezas para agarrar, con las fauces de cada una, a dos marineros y después devorarlos sin prisa.

Al día siguiente desembarcaron en Sicilia para esperar un viento favorable, pero las provisiones de Circe se habían terminado por completo y a los marineros les entró hambre. Estando Odiseo dormido, estos asaetearon y asaron unas vacas que pertenecían al dios solar Hiperión, quien se quejó ante el todopoderoso Zeus. Cuando volvieron a zarpar, este lanzó su rayo contra la nave y la hundió. Se ahogaron todos excepto Odiseo, que se aferró al mástil roto de la nave y, tras nueve días a la deriva, fue arrojado por el oleaje a la costa de la isla de Calipso, famélico y medio muerto.

Calipso, una bella hechicera, se enamoró de Odiseo de inmediato y lo retuvo cinco años más. Él no tardó en cansarse de su compañía —allí no había ninguna otra persona— y se pasaba el día sentado melancólicamente junto al mar, mirando al horizonte. Al cabo Zeus envió un mandato que Calipso no osó desobedecer: «Suelta al rey Odiseo». Calipso fue a buscar un hacha, una sierra y otras herramientas a cierto sitio secreto y le dijo a Odiseo que se hiciese una balsa de troncos de árbol. Cuando la tuvo lista, dio un beso de despedida a Calipso, subió comida a bordo, botó la balsa utilizando rodillos, zarpó… y una suave brisa le empezó a empujar. No había recorrido una gran distancia, cuando le sobrevino una inmensa ola y la balsa volcó. Odiseo nunca supo a qué dios culpar de aquel desastre…

Dos días después, el oleaje lo depositaba desnudo cerca de Drépano —en Sicilia—, donde la adorable princesa Nausícaa había llevado a sus muchachas a lavar ropa a la boca de un río. Cuando, a mediodía, hicieron una pausa y se pusieron a jugar a la pelota, esta fue a parar al agua, cerca de un matorral tras el que estaba escondido Odiseo. Él salió y las muchachas empezaron a chillar, pero Nausícaa le prestó ropa y lo llevó al palacio de su padre, el rey Alcínoo. Tras escuchar el relato que Odiseo hizo de sus aventuras —no demasiado veraz—, lo envió a Ítaca en una nave de lujo. Odiseo, sin embargo, cuando divisó su propia isla, volvió a quedarse dormido.

Los marineros no osaron despertarlo, sino que lo depositaron en la playa y se alejaron remando. Lo despertó Atenea —disfrazada de pastor—, y él fingió que era un cretense al que habían hecho desembarcar allí contra su voluntad. Atenea se rio. «Nunca mientas a una diosa —dijo—. Si me haces caso, visitarás a Eumeo, tu viejo porquero, y te pondrás al día de las novedades. En él puedes confiar.»

Odiseo se presentó sin ardides a Eumeo y se enteró de que ciento doce insolentes jóvenes aristócratas estaban cortejando a Penélope, su esposa, y celebrando banquetes cada día en el palacio a costa de ella. «Amenazan con quedarse hasta que decida con cuál de ellos se casará —le explicó Eumeo—. Pero la reina Penélope sabe, por un oráculo, que tú vas a volver pronto, por lo que está ganando tiempo. Les dice a sus pretendientes que han de esperar hasta que termine un bordado muy difícil que está haciendo. Aunque trabaja todo el día, por la noche descose las puntadas y así lleva meses.»

Vestido con harapos —como un mendigo—, Odiseo fue al palacio y allí vio a Argos, su viejo perro de caza, acurrucado sobre un montón de estiércol: sarnoso, decrépito y atormentado por las pulgas, pero todavía vivo. Argos meneó el muñón pelado de su cola y murió feliz; Odiseo se enjugó una lágrima. En el patio fue andando por entre las mesas, rogando a los pretendientes de Penélope que le diesen restos de comida. Ninguno le ofreció nada; uno incluso le lanzó un escabel a la cabeza. Entonces Iro[26], un mendigo de verdad, intentó echarlo y, como se resistía, lo desafió a un combate de pugilato… pero quedó noqueado de un único golpe.

Entre tanto regresaba de un viaje Telémaco, el hijo de Odiseo. Parando en la choza de Eumeo, se enteró de que los pretendientes andaban urdiendo su asesinato y de que su padre acababa de llegar disfrazado de pordiosero. En seguida se reunieron los tres y planearon cómo castigar a los pretendientes. Cuando Odiseo visitó a Penélope, ella no le reconoció; de manera que él le contó una larga historia de que había conocido a su marido cuando este se dirigía al oráculo de Zeus de Dodona. «Estará aquí en pocos días», dijo Odiseo.

Penélope escuchaba entusiasmada y mandó a Euriclea —una sirvienta muy anciana que había sido la nodriza de Odiseo— que le lavara los pies a aquel noble desconocido. Cuando Penélope salió de la estancia, Euriclea reconoció una cicatriz de una pierna de él y lanzó un grito de alegría; pero Odiseo la agarró del cuello y la hizo callar, por no estar seguro aún de si podía confiar en Penélope.

A la tarde siguiente, Penélope anunció a los pretendientes —a instancias de Telémaco— que se casaría con el que lograra hacer pasar una flecha por los anillos de doce hachas puestas en pie formando una fila recta. (Se refería a los anillos que las hachas tenían para colgarlas en las paredes.) Y les dijo que el disparo lo tenían que hacer con el arco de Odiseo.

Todos querían encordar el arco, pero estaba tan duro tras veinte años de desuso, que ninguno lo pudo curvar. Finalmente Odiseo, a pesar de múltiples protestas e insultos zafios, agarró el arco, lo encordó con facilidad… y su flecha atravesó limpiamente la fila de anillos.

Telémaco, que había salido sin que nadie lo advirtiera, volvió a entrar blandiendo una espada. Odiseo disparó de inmediato al jefe de los pretendientes en la garganta. Los compañeros de este corrieron a coger lanzas de las paredes… pero Telémaco las había retirado la noche anterior. Las flechas de Odiseo dejaron montoneras de pretendientes muertos, y Telémaco se encargó de los demás con la ayuda de Eumeo y de otro sirviente del palacio armado. Solo después de aquello se reveló Odiseo a Penélope.

Los mismos cuatro valientes libraron una ardua batalla, al otro día, contra los familiares de los pretendientes; y a punto estaban de obtener una segunda victoria, cuando Atenea llegó volando e impuso una tregua.

Odiseo entonces gobernó Ítaca en paz hasta que murió.

Notas del traductor

1 De Robert Graves, *Los mitos griegos* —1.ª ed. en Londres, Penguin, 1955—, hay trad. esp. de Esther Gómez Parro, reed. en Madrid, Alianza Editorial, 2011. (La 1.ª ed. de *Asedio y caída de Troya* se publicó en Londres, Cassell, 1962.)

2 *Alias* Hécabe.

3 *Alias* Ulises.

4 De ahí el nombre de este en castellano.

5 En sus mencionados *Mitos griegos*, nuestro autor escribe: «A Odiseo le había advertido un oráculo: "Si vas a Troya, no volverás hasta el vigésimo año, y lo harás solo e indigente". En consecuencia, simuló estar loco, y Agamenón, Menelao y Palamedes lo encontraron llevando en la cabeza una gorra de fieltro de campesino en forma de medio huevo, arando con un asno y un buey uncidos juntos y echando sal a sus espaldas mientras avanzaba. Cuando fingió no reconocer a sus distinguidos huéspedes, Palamedes arrancó al infante Telémaco de los brazos de Penélope y lo puso en tierra delante de la yunta que avanzaba. Odiseo se apresuró a refrenar a los animales para que no mataran a su hijo único, con lo que puso de manifiesto su cordura y se vio obligado a unirse a la expedición» (véase § 160, «La primera reunión en *Áulide»,* p. 413 de la trad. esp. *cit.* en nota 1, vol. 2).

6 *Alias* Cumas (*sc. eólica, i.e.* de la región del Asia Menor llamada Eólide, en oposición a la Cumas de la región meridional de la península itálica llamada Magna Grecia, sede de la famosa sibila).

7 Véase p. 124: «Según la versión más antigua, peor aún fue la suerte de Odiseo…».

8 La inconsistencia entre este «sus siete cuñados» y el «siete de sus cuñados», de p. 39, refleja nuestro original.

9 Más exactamente: llevando un *cetro* de oro, conforme al σκῆπτρον (*skêptron*) del pasaje de la *Ilíada* que nuestro autor aquí parafrasea bastante apegadamente —canto primero, vv. 12 y ss.—, pasaje que en la trad. esp. de Óscar Martínez García —reed. en Madrid, Alianza Editorial, 2017, pp. 73-74— reza: «Éste [*i.e.* Crises] había acudido hasta las veloces naves de los aqueos con la intención de liberar a su hija; consigo portaba incontables rescates y en sus manos sujetaba, pendientes del cetro de oro, las cintas de Apolo, que hiere de lejos».

10 Es decir: atada con unas *ínfulas* de Apolo, aunque en el pasaje de la *Ilíada* referenciado en la nota precedente se utiliza el término στέμματα *(stémmata*), no necesariamente tan específico, sino más laxo en sentido de «corona», «guirnalda», «diadema».

11 Es posible que el calificativo de «argonauta» que nuestro autor aplica aquí al abuelo de Diomedes sea un lapsus. Ningún Eneo figura, en efecto, en la lista de argonautas *q.v.* en Robert Graves, *Los mitos griegos*, § 148, «La asamblea de los argonautas», trad. esp. de Esther Gómez Parro, pp. 318-319 de la reed. *cit.* en nota 1, vol. 2. De que este abuelo de Diomedes acompañara a Jasón en la expedición del *Argo* a la Cólquide, tampoco he visto indicio ni en (I) Constantino Falcón Martínez *et al.*, *Diccionario de mitología clásica* —con un prólogo de Manuel Fernández Galiano—, reed. en Madrid, Alianza Editorial, 2000, 2 vols., ni en (II) Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, trad. esp. de Francisco Payarols, reed. en Barcelona, RBA, 2009.

12 *Alias* Astianacte.

13 En Robert Graves, *Los mitos griegos*, se lee: «Algunos dicen que Aquiles arrastró el cuerpo [*sc.* ya muerto de Héctor] tres veces alrededor de las murallas de la ciudad tirando del tahalí que Áyax le había regalado» (véase § 163, «La ira de Aquiles», trad. esp. de Esther Gómez Parro, p. 458 de la reed. *cit.* en nota 1, vol. 2. *Véase*, de hecho, también p. 93: «Héctor murió. Aquiles […] le atravesó la carne de tras ambos tendones calcáneos, pasó por los cortes el cinturón recamado de Áyax, lo abrochó fijándolo a […] su carro […] y empezó a dar vueltas alrededor de […] Troya arrastrando a Héctor».

14 Parcas y Furias es como los romanos llamaban, respectivamente, a las Moiras y a las Erinias de los griegos. Parece, sin embargo, que los nombres individuales de estas últimas eran Alecto, Megera y Tisífone. Ninguna de las Erinias o Furias se llamaría, en efecto, Perjuicio. «Perjuicio» aquí traduce el inglés *Mischief* y yo tiendo a pensar que, con *Mischief*, nuestro autor esté

queriendo trasladar el griego «Ate» (Ἄτη), divinidad personificadora, sí, de la ofuscación —o del desliz o error o desatino— de consecuencias funestas, pero que no sería ninguna de las Furias o Erinias, también llamadas —apotropaica o eufemísticamente— Euménides o Benévolas, ni guardaría relación directa ninguna con dichas deidades, más allá de la compartida índole temible y siniestra. Véase *Ilíada*, canto decimonono, vv. 86-94: «Yo no soy culpable de nada, sino Zeus, la Moira y la Erinia, caminante de las tinieblas, pues son ellos los que en la asamblea arrojaron en mis entrañas un cruel desvarío el día en que arrebaté a Aquiles su botín con mis propias manos. Pero ¿qué podía hacer? ¡La divinidad a todo le da cumplimiento! La hija más vieja de Zeus es la funesta Ate, que a todos extravía. Sus pies son delicados, pues no toca el suelo, sino que camina sobre las cabezas de los hombres trayendo daño a los mortales y trabando en su lazo a uno y a otro» (trad. esp. de Óscar Martínez García, *op. cit.* en nota 9, pp. 554-555).

15 Las Furias son las Erinias, véase nota 14.

16 Hasta ahora nuestro autor ha mencionado a dos hijas de Hécuba: Casandra y Políxena. Tal vez aquí se refiera a esta última, teniendo en cuenta que, dos párrafos debajo de este, a Casandra la ubica en otro sitio. Políxena (re)aparece cuatro párrafos debajo de este.

17 Sobre el «masacró al hijo más joven de ambos» (*sc.* de Hécuba y Príamo), afirmación que podría parecer contradictoria con cuando en p. 145 nuestro autor refería la muerte, a manos de Aquiles, del «doceañero Polidoro, que era el hijo más joven —y predilecto— del rey Príamo»: nótese que, a dicho Polidoro, Príamo lo había tenido con otra señora, no con Hécuba (véase la nota 19). Por otra parte, en Robert Graves, *Los mitos griegos*, § 168, «El saqueo de Troya», trad. esp. de Esther Gómez Parro, p. 498 de la reed. cit. en nota 1, se aclara que este hijo menor de Príamo y Hécuba al que aquí mata Neoptólemo se llamaba Polites.

18 Véase la nota 12.

19 En p. 145 nuestro autor refería la muerte, a manos de Aquiles, del «doceañero Polidoro, que era el hijo más joven —y predilecto— del rey Príamo»; pero en Robert Graves, *Los mitos griegos*, § 168, «El saqueo de Troya», trad. esp. de Esther Gómez Parro, pp. 505-506 de la reed. cit. en nota 1, se lee: «Aunque Aquiles había matado a Polidoro, el hijo de Príamo con Laótoe, el más joven y más querido de sus hijos, sobrevivió otro príncipe del

mismo nombre. Era hijo de Príamo y Hécabe [alias Hécuba] y lo habían enviado por seguridad al Queroneso tracio».

20 Véase p. 31: «Mientras tanto se estaba produciendo una disputa en el cielo…».

21 Véase p. 58: «Nada le debo yo a la diosa —refunfuñó Menelao—. Demasiado tiempo estuvo defendiendo a la ciudadela troyana de nosotros».

22 Véase p. 114: «"Ojalá encuentres el mismo destino que yo", fueron sus últimas palabras».

23 Es decir, de los «comedores de loto».

24 Es decir, «devorador de hombres».

25 Μῶλυ (*môly*) en el canto décimo de la *Odisea*, v. 305.

26 *Alias* Arneo.

Título original: *The Siege and Fall of Troy*

Edición en formato digital: 2024

Copyright © by Accuro Trustees (Jersey) Ltd as Trustee of the Robert Graves Copyright Trust
© de la traducción: Manuel Cuesta Aguirre, 2024
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-676-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.